



CAPÍTULO 8
LA MIGRACIÓN SALVADOREÑA: UNA MIRADA DE GÉNERO

INTRODUCCIÓN

Este capítulo no pretende ser un análisis exhaustivo sobre el tema de género y migración; sino más bien realizar un primer acercamiento al tema de la migración salvadoreña desde el enfoque de género, perspectiva que apenas ha sido utilizada en los estudios de migración en el país.

A partir de la revisión de la literatura existente y del análisis de diversos estudios de caso tanto en los países receptores –los Estados Unidos, principalmente– como en El Salvador, el capítulo se plantea dos líneas de análisis. Por un lado, llevar a cabo un análisis de género de la migración y, en especial, señalar hasta que punto la migración presenta características diferentes para hombres y mujeres y cómo las relaciones de género afectan el fenómeno de la migración salvadoreña. Por otro lado, reflexionar sobre si efectivamente las relaciones de género se transforman como resultado de la migración tanto entre las poblaciones migrantes en los Estados Unidos como en las comunidades de origen y, si es así, sobre el tipo de transformaciones que se producen.

Por género entendemos el conjunto de valores, pautas de conducta, actitudes, patrones y símbolos culturales que a través de un proceso de construcción social configura lo que somos y lo que hacemos como hombres y mujeres (identidad y roles de género), dentro de un contexto específico y en un momento histórico determinado. En este sentido, el género establece el marco de las relaciones de poder, el acceso y control sobre los recursos y las oportunidades de desarrollo. Como todas las construcciones socioculturales, se modifica con el tiempo y a partir de múltiples factores; uno de ellos

puede ser precisamente la migración y cómo este fenómeno puede estar retando los patrones de género, redefiniendo las relaciones entre hombres y mujeres y modificando o reproduciéndose en nuevos contextos y circunstancias.

Este capítulo intenta examinar las dimensiones de género y las relaciones de poder en diferentes esferas de la vida tanto en el interior como en el exterior del hogar, en las comunidades de origen “aquí” y las comunidades adoptivas “allá”. Los insumos principales utilizados en este capítulo son los datos de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples de El Salvador, el Censo de 2000 de los Estados Unidos, los aportes de Diana Santillán (2005) y los estudios de caso realizados por Sonia Cansino (2005), desarrollados específicamente para este informe, así como varios estudios realizados en los Estados Unidos sobre la comunidad salvadoreña, en especial de Gammage y Mahler. Estos estudios de tipo cualitativo han enriquecido y ayudado a profundizar el análisis en este capítulo, pero por lo reducido de las muestras no se pueden extrapolar ni generalizar al conjunto de la población.

MARCO ANALÍTICO: GÉNERO Y MIGRACIÓN

El campo de análisis de la migración internacional está en flujo, tanto como los sujetos del mismo análisis. Entre los estudios sobre género y migración se encuentran diversos planteamientos teóricos que intentan explorar las dimensiones de género en las migraciones y el impacto de la migración en las relaciones de género. Como en otras disciplinas, en estos estudios se observa una evolución entre un enfoque centrado en las mujeres, y en visibilizar la experiencia migratoria particular de las

Recuadro 8.1

Evolución de los estudios sobre migración y género

Al igual que en otras disciplinas y campos de investigación, los estudios que han analizado las experiencias sobre migración y género evidencian una evolución y cambio de enfoques. Así, siguiendo a Hondagneu-Sotelo, se pueden distinguir tres fases:

- Desde el movimiento feminista en los años sesenta y setenta comenzaron a realizarse estudios sobre mujer y migración que intentaban rectificar el sesgo masculino que habían tenido todas las investigaciones sobre el fenómeno de la migración. Hasta entonces, no se había tenido en cuenta el rol de las mujeres emigrantes, quienes eran consideradas como parte del “equipaje” que los hombres llevaban consigo, esto es, se las suponía dependientes de los hombres. A lo largo de estos años, se realizaron diversas investigaciones sobre las experiencias de las mujeres en los procesos migratorios, pero simplemente como una variable a añadir al estudio. Esta visión “solo de mujeres” supuso, según algunos autores, una mayor marginalización de las mujeres emigrantes debido a que los casos femeninos fueron establecidos como casos especiales, pero no incorporados e integrados como parte del estudio general de la migración.
- En los años ochenta y noventa, la literatura feminista impulsó una nueva perspectiva que cuestionaba la “categoría universal de la mujer” y resaltaba las diferencias entre las mujeres con base en categorías socioeconómicas, raciales, étnicas y otras diferencias importantes. Desde este nuevo enfoque, se criticaron los modelos de “estrategias de hogar” que habían predominado hasta ese momento, ya que consideraban que el hogar no siempre funciona como una unidad en la toma de decisiones. Por ello, era importante analizar las relaciones de poder dentro del hogar. Los diferentes estudios mostraron cómo la migración empodera a las mujeres en el hogar a través de su participación en el empleo, lo que les concede “cierto poder” para retar la autoridad patriarcal y fomentar una división de tareas más equitativa entre los géneros dentro de la familia. Sin embargo, muchos de los estudios que se realizaron en esa época fueron muy optimistas y no prestaron la suficiente atención a las formas en que el género se cruza con las diferencias de raza, clase, etc. Por ello, como dice Hondagneu-Sotelo, “la imagen es más complicada de lo que alguna vez parecía ser”.
- El nuevo enfoque en el estudio de las relaciones de género y migración viene dado por la antropología. Desde esta perspectiva, se reconoce que “el género es un elemento constitutivo de la migración que penetra en una variedad de prácticas, identidades e instituciones”. Así, las investigaciones examinan los procesos de género en los niveles macro, meso y micro. Los estudios antropológicos sobre migración y género señalan cómo las experiencias de las mujeres se diferencian de las experiencias de los hombres y cómo la movilidad geográfica, tanto “al interior” como “a través” de las fronteras nacionales, pueden modificar no solo los entendimientos con raíces culturales sobre el significado de ser mujer, sino también varios otros aspectos de la cultura que los individuos y las familias llevan consigo cuando migran.

mujeres, a un enfoque cuyo foco de análisis se centra en las mujeres y los hombres y las relaciones de poder existentes entre ellos.

Hay ejemplos de un cuerpo de literatura substancial que muestran cómo las experiencias de las mujeres se diferencian de las experiencias de los hombres y “cómo la movilidad geográfica, tanto “al interior” como “a través” de las fronteras nacionales, pueden modificar no solo los conocimientos sobre el significado de ser mujer u hombre, sino también varios otros aspectos de cultura que los individuos y las familias traen consigo cuando migran o emigran” (Brettell y DeBerjeois, 1992). No obstante, los estudios recientes no solo se centran en las construcciones de las feminidades, sino también de las masculinidades en el contexto de la migración (Hondagneu-Sotelo, 1999), mientras se enfatizan cómo las relaciones de poder están siendo modificados por la migración.

Dos estudios significativos se destacan en el análisis de las relaciones de género y migración: *Between two islands: dominican international migration* [Entre dos islas: migración internacional dominicana] de Grasmuck y Pessar (1991), y *Gendered transitions: mexican experiences of immigration* [Transiciones de género: experiencias mexicanas de inmigración], de Hondagneu-Sotelo (1994). Las autoras de ambos libros intentaron examinar las relaciones de género y de poder dentro del hogar, y explorar cómo estas relaciones mediaban la decisión para emigrar y cómo la migración puede cambiar las relaciones de género “allá” en el país receptor. Ambos estudios mostraron que la migración podía empoderar a las mujeres en el hogar a través del impulso que se daba a su participación en el empleo, con lo cual se facilitaba que ellas

podieran desafiar a la autoridad patriarcal y fomentar una división del trabajo más equitativa entre los géneros y en el ámbito doméstico. En las palabras de Hondagneu-Sotelo:

“Después de la inmigración, los patrones del matrimonio que alguna vez parecían fijados en piedra pueden realinearse cuando las separaciones entre parejas, conflictos y negociaciones, y nuevos arreglos de vivienda y trabajo cambian las reglas que gobiernan la vida cotidiana.” (2000)

Sin embargo, esta teoría es quizás demasiado sencilla, y es importante por tanto tomar una perspectiva crítica y considerar que la relación entre género y migración es muchas veces más compleja y complicada, y se ve afectada por otros factores contextuales. Algunos estudios sobre la relación entre género y migración (George, 2000; Goldring, 2003), han encontrado que muchas veces los roles y las relaciones de género del país de origen se reproducen, aunque de forma diferente, después de la migración, como parte de una “re-creación transnacional de normas” (George, 2000) y una “compensación reactiva” (Goldring, 2003) por parte de los hombres. Espacios como la iglesia y las organizaciones comunitarias pueden transformarse en espacios patriarcales, donde los hombres mantienen el rol dominante, que sienten que pierden en otros aspectos de su vida, como en el trabajo o en la casa¹. Por ejemplo, como resultado de la migración, tal y como se verá a lo largo del capítulo, algunos hombres se encuentran ocupando empleos de bajo estatus socioeconómico, y ocupando un estatus étnico marginal. Mientras tanto, en el hogar, muchas veces mujeres de familias migrantes reciben por primera vez ingresos, y esto puede darles más voz que antes en las decisiones cotidianas. Como resultado de

estas nuevas realidades, a veces los hombres buscan formas de mantener su dominio en otros espacios de vida.

Pero lo que muestran los estudios en esta temática es que la migración no solamente puede reproducir, acelerar o matizar cambios en las relaciones de género en los países adoptivos, sino también en sus comunidades de origen. Al igual que se considera que las relaciones de género se están viendo afectadas por la autonomía económica de las mujeres migrantes que se encuentran trabajando en su país adoptivo, a las mujeres que en sus comunidades de origen se sienten impulsadas a trabajar (por ausencia o no de los hombres que han migrado) se les presenta la oportunidad de renegociar las relaciones de poder con las autoridades tradicionales patriarcales. Por otro lado, también se observa que estas demandas y estos cambios pueden promover reacciones regresivas por parte de los hombres, en la sociedad y en la cultura de origen, pero también en los hogares tanto allí como aquí.

LA MIGRACIÓN SALVADOREÑA: ¿MÁS HOMBRES QUE MUJERES?

El perfil de la migración hacia los Estados Unidos ha variado a lo largo de las décadas. En ese capítulo se subraya que las mujeres fueron las primeras en llegar y constituyeron la mayoría de los inmigrantes, entre los años cincuenta y setenta, antes de que se agudizara el conflicto armado.

Repak (1995), en su estudio sobre los y las inmigrantes en Washington D.C., resalta que fueron las mujeres quienes primero establecieron raíces en Estados Unidos; muchas encontraron trabajo como empleadas domésticas, reclutadas por personas que trabajaban en agencias

internacionales. Según Repak (1995), el 70% de migrantes de Centroamérica y Suramérica en Washington D.C., durante los años sesenta y setenta, fueron mujeres. Estas pioneras facilitaron la posterior llegada de otros migrantes, en la década de los años ochenta. Repak (1995) sugiere que una razón por la cual las mujeres salvadoreñas pudieron viajar solas para tomar empleo como domésticas en la primera ola de migración a Washington D.C. fue que en El Salvador las uniones libres eran más frecuentes que los matrimonios. En los años cincuenta, las uniones libres representaban el 50% de todas las uniones, y en 1978, el 39.5% de los hogares eran dirigidos por mujeres (Menjívar, 2000).

Estas relaciones de género establecieron un contexto en el cual se pudo dar más casos en que las mujeres viajaban solas a Washington, D.C.; y esto se ve reflejado en el hecho de que la mayoría de mujeres en el estudio de Repak afirman que ellas decidieron migrar en forma autónoma, sin la colaboración ni asistencia de sus parejas o padres (1995). Los patrones históricos de género en El Salvador también se habían desarrollado de tal forma que las mujeres rurales ya acostumbraban a salir de sus comunidades de origen para buscar trabajo en zonas urbanas, donde llegaban a trabajar en hogares como empleadas domésticas o a trabajar en fábricas (Repak, 1995; ver también Menjívar, 2000).

Como consecuencia de esta dinámica migratoria, el Censo Decenal de 1980 reportaba que, de la población salvadoreña que residía en Estados Unidos en ese año, 55.9% eran mujeres y 44.1% hombres. Con el inicio del conflicto armado, los flujos de migrantes hacia los Estados Unidos pasaron a ser dominados por los hombres, que salían

Como consecuencia de esta dinámica migratoria, el Censo Decenal de 1980 reportaba que, de la población salvadoreña que residía en Estados Unidos en ese año, 55.9% eran mujeres y 44.1% hombres

Cuadro 8.1

Distribución porcentual de la población salvadoreña en Estados Unidos por sexo y edad: 1980, 1990 y 2000

Distribución porcentual de la población salvadoreña en Estados Unidos por sexo y edad: 1980, 1990 y 2000									
	Salvadoreños			Mujeres			Hombres		
	1980	1990	2000	1980	1990	2000	1980	1990	2000
Género									
Masculino	44.1	52.5	51.9	0	0	0	100	100	100
Femenino	55.9	47.5	48.1	100	100	100	0	0	0
Edad									
0-17	15.8	17.1	8.3	14.8	17.2	8.3	17.1	17.1	8.3
18-24	22.7	19.9	16.2	19.7	17.0	14.2	26.6	22.4	18.1
25-34	34.7	30.8	30.0	32.6	28.2	27.9	37.3	33.2	32.0
35-44	13.7	18.3	25.1	15.0	19.5	25.2	12.1	17.1	25.1
45-54	6.6	7.8	12.7	8.6	9.2	14.4	4.0	6.4	11.1
55-64	3.9	3.7	4.3	5.1	4.9	5.2	2.4	2.5	3.6
65+	2.6	2.6	3.4	4.3	4.1	4.9	0.5	1.3	1.9

Fuente: Elaboración propia a partir de censos decenales de Estados Unidos de 1980, 1990 y 2000.

del país debido a la difícil situación del país para evitar así ser reclutados por uno u otro bando. A pesar de la firma de los Acuerdos de Paz, los flujos hacia el norte no se han terminado y siguen siendo en la mayoría dominados por hombres, a pesar de la presencia cada vez más significativa de las mujeres, entre los documentados e indocumentados residentes en los Estados Unidos (véase cuadro 8.1).

Los datos sobre los salvadoreños que se radicaban en los Estados Unidos en 2000 muestran que la mayoría de los migrantes, casi el 80%, eran menores de 44 años. Por debajo de los 44 años había casi 20% más hombres que mujeres. Sin embargo, entre la población mayor de 44 años, hay casi un 40% más mujeres que hombres, lo cual puede estar relacionado, entre otros factores, con esa primera ola migratoria.

En esa misma línea, los datos de la Muestra de Uso Público del Censo de los Estados

Unidos (PUMS 1%) de los migrantes salvadoreños que residen en los Estados Unidos demuestran que, entre 1996 y 2000, los hombres recién llegados superaban a las mujeres por unos 23 mil, o por un 13%.

Pero, como se refleja en numerosos estudios, las razones para migrar, los factores que determinan quién migra y quién no e incluso las razones para retornar a la comunidad de origen pueden ser diferentes para hombres y mujeres. En ese sentido, en un estudio de Gammage et al. (2005), de una muestra de 120 salvadoreños en Washington, Maryland y Virginia subraya que la mayoría de los hombres y mujeres que se fueron de El Salvador migró para buscar trabajo: el 54% de los hombres y el 49% de las mujeres informaron que la búsqueda de empleo fue la razón principal para irse del país. Una cantidad un poco mayor de hombres señaló que salieron de El Salvador huyendo de la violencia del conflicto armado o del período de posguerra: el 34% de los hombres y el

Cuadro 8.2

Brechas de salario e ingreso promedio de hombres y mujeres por área de residencia

	Salario (US\$)			Ingreso (US\$)		
	Hombre	Mujer	Brecha	Hombre	Mujer	Brecha
Nacional	255.1	206.8	23.4	259.6	235.9	10.0
Urbano	311.0	231.3	34.5	334.3	262.8	27.2
Rural	162.0	138.8	16.7	156.4	162.9	-4.0

Fuente: Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples 2004.

Hay varios factores que dificultan más la migración femenina que la masculina. Uno de ellos es la visión tradicional del hombre como “proveedor” y de la mujer como “cuidadora”

27% de las mujeres se fueron para evitar la violencia social. Una mayor cantidad de mujeres informó que fueron sus familiares mayores quienes las trajeron aquí, u otros familiares que habían llegado antes. Aproximadamente el 21% de las mujeres informó que vinieron a los Estados Unidos para reencontrarse con los familiares que ya se habían ido del país; o bien, aquellos familiares que habían tomado la decisión de emigrar con anterioridad, las trajeron cuando todavía eran menores de edad. Solamente el 7% de los hombres informó que ellos vinieron para reencontrarse con sus familiares, o que estos los trajeron cuando aún eran menores de edad.

Hay varios factores que dificultan más la migración femenina que la masculina. Uno de ellos es la visión tradicional del hombre como “proveedor” y de la mujer como “cuidadora”, que se traduce en la decisión de financiar el viaje del hombre.

Otro factor es el alto costo de un viaje indocumentado hacia Estados Unidos, que varía entre \$2 mil y \$8 mil². Alcanzar esta

suma se vuelve mucho más difícil para las mujeres, si se toman en cuenta las brechas de ingresos que tienen con relación a los hombres. El cuadro 8.2 muestra que para 2004 el salario promedio nacional de las mujeres era 23.4% inferior al de los hombres y el ingreso promedio 10% menor. En ambas variables las brechas eran mucho más acentuadas en el área urbana que en el área rural (34.5% y 27.2%, respectivamente). Llama la atención, sin embargo, que en el área rural los ingresos de los hombres son 4% inferiores a los de las mujeres.

Por otra parte, luego de la militarización de la frontera bajo el gobierno de Clinton y del inicio de deportaciones masivas de México a partir de 2002, los riesgos físicos del viaje³ se han acentuado, lo cual en el caso de las mujeres se ve acrecentado por el riesgo de sufrir violencia sexual. Los testimonios de mujeres que sufren abusos y violaciones por parte de las personas que las ayudan a migrar o que se encuentran durante su viaje son comunes, e incluso se identifican casos de mujeres indocumentadas que han sido forzadas a la prostitución por sus propios

compañeros u otros hombres con la amenaza de denunciarlas a la policía o con promesas de lograr los documentos. Además, el impacto psicológico y emocional de la separación puede ser vivido de manera diferente por hombres y por mujeres.

Para el y la migrante los cambios en estatus económico y en empleo también influyen en el deseo de retornar al país de origen. Algunos autores afirman que, en general, los hombres son más propensos a soñar con retornar, como resultado de su pérdida en estatus y el incremento del poder de sus parejas en la jerarquía de género en el hogar, relacionado con el empleo de las mujeres. En cambio, las mujeres muchas veces desean quedarse en Estados Unidos para mantener los logros que han conseguido con la migración y el empleo (Grasmuck y Pessar, 1991). En otros casos, cuando las mujeres desean retornar a sus países de origen es porque se sienten aisladas, mientras que sus parejas llevan una vida social activa (Adler, 2004).

LAS REMESAS SOCIALES: UN FACTOR DE CAMBIO EN LAS RELACIONES DE GÉNERO

La migración afecta y responde a cambios sociales, culturales y económicos, tanto en el lugar de origen como en el lugar de recepción. Estos cambios son dinámicos y simultáneos. Los roles y las relaciones de género y de poder en el lugar de origen pueden ser igual de dinámicos y, entre otros factores, pueden verse influidos por el flujo transnacional de personas e ideas. Por ejemplo, Hirsch (2000) describe una comunidad en México, en la cual existen rumores transnacionales de que “en El Norte la mujer manda”. Esta imagen no significa literalmente que las mujeres tienen “todo el poder”, sino que en Estados Unidos

los ingresos de las mujeres pueden contribuir a que sean más independientes económica y socialmente, en comparación con sus hermanas al sur de la frontera (Hirsch, 2000). La imagen de la migrante como mujer independiente, en este caso, es un ejemplo de una remesa social. Las remesas sociales son las ideas, los comportamientos, las identidades, y el capital social que fluye desde las comunidades de destino hacia las comunidades de origen, y viceversa (Levitt, 2001). Las ideologías de género sobre las normas, los roles, y las relaciones de hombres y de mujeres son remesas sociales intangibles que acompañan flujos transnacionales de personas, dinero y otros objetos materiales.

Estos flujos de normas e ideas influyen en la transformación de las realidades en ambos lados y contribuyen a la creación de nuevas versiones de lo que significa ser hombre o mujer, y también a la negociación de la toma de decisiones dentro del hogar y el reparto de los roles productivos y reproductivos, etc.

Sin embargo, cuando parejas jóvenes en el lugar de origen notan diferencias entre sus relaciones de género y las relaciones de género de sus padres, es difícil saber si estos cambios se pueden atribuir a los enlaces transnacionales o a procesos sociales de cambios intergeneracionales en las relaciones de género que son internos a la comunidad de origen, pues como se mencionaba anteriormente ambos son procesos dinámicos y cambiantes. Probablemente, ambas cuestiones influyen esos cambios.

En ese sentido, es importante no cometer el error de pensar que hay siempre una comparación directa entre una comunidad “tradicional” en el país de origen y una comunidad “moderna” en el país de destino,

La memoria selectiva puede crear una base de recuerdos nostálgicos que ofrecen más estabilidad y menos confusión, respecto de lo que presentan las nuevas realidades de género en que se encuentran los y las migrantes

especialmente cuando hacen falta estudios históricos sobre los patrones de género en el país de origen, para poder definir exactamente qué significa lo “tradicional” y lo “moderno”. Mahler (1995b) enfatiza que es difícil analizar los cambios que ha traído la migración a los salvadoreños, porque las personas tienden a teñir sus memorias del pasado con una nostalgia romántica, y además no existe una etnografía completa de la vida rural o urbana del país anterior a 1979. Antes del conflicto armado, El Salvador era ignorado por muchos investigadores y por eso, en las palabras de Mahler, “poco se sabe, excepto a través de la historia oral, sobre las costumbres y prácticas locales, incluyendo las relaciones de parentesco y de género” (2001).

Es importante mirar con ojo crítico lo que se denomina como “tradicional” y “moderno”. Incluso es posible que cuando los y las migrantes recuerdan los papeles de género que existían en su país de origen lo hagan de forma romántica, como si fueran más rígidos y menos dinámicos de lo que en realidad quizás eran. La memoria selectiva puede crear una base de recuerdos nostálgicos que ofrecen más estabilidad y menos confusión, respecto de lo que presentan las nuevas realidades de género en que se encuentran los y las migrantes.

Es interesante también considerar en este análisis que cuando las migrantes retornan a su comunidad de origen a veces cuentan con una acumulación de capital social, que puede ayudar a superar sus posiciones en las jerarquías de género. Por ejemplo, en un estudio dirigido por Gammage para la Fundación Interamericana (Gammage et al., 2005), se presentó un caso interesante de una asociación de oriundos salvadoreños. El regreso de la directora a su comunidad de

origen y su presencia en una reunión de la asociación contraparte en esta comunidad rural fue suficiente para atraer la presencia del alcalde para discutir los conflictos sobre los problemas del agua en la comunidad. En este caso, a pesar de su género, la directora, como transmigrante, tuvo mayor peso que la asociación contraparte, que era dominada por hombres, en una comunidad rural donde los roles públicos de mujeres son bastante limitados.

Por lo tanto, la migración puede también afectar a las jerarquías de clase y género. Gammage et. al. (2005) mencionan que con mayor frecuencia las viajeras llegan a ser modelos poderosas para las mujeres y adolescentes de algunas comunidades porque, según se apunta ellas han podido ascender jerarquías de clase, son mujeres de negocios, llevan pantalones, manejan cantidades significantes de dinero y reciben el respeto de otros miembros de la comunidad, incluyendo las autoridades (2005). Se han apropiado de símbolos de las mujeres de la clase media, y por ende han podido ascender jerarquías socioeconómicas.

TRABAJO Y ROLES DE GÉNERO: TRANSFORMACIONES AQUÍ Y ALLÁ

La bibliografía existente demuestra que la migración impulsa cambios en la distribución de trabajo dentro y fuera del hogar en los lugares de origen y de recepción. Para las mujeres migrantes que trabajan fuera de sus hogares por primera vez después de emigrar, ganar un ingreso puede ayudarlas a renegociar los roles y las relaciones de género en la familia. De igual manera, la migración afecta a los hogares y a las comunidades de origen. Los que se quedan frecuentemente tienen que asumir la carga del incremento del trabajo para

Cuadro 8.3

Sector de inserción laboral de hombres y mujeres (porcentaje)

	Estados Unidos				El Salvador	
	Nacidos en los Estados Unidos		Nacidos en El Salvador		Hombres	Mujeres
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres		
Agricultura	2.8	1.3	4.8	1.2	34.0	3.8
Manufacturero	31.0	11.0	39.5	17.7	24.1	24.1
Servicios	66.2	87.7	55.7	81.1	41.9	72.1
Total	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: La Muestra Actual de la Población de los Estados Unidos, datos agregados para 1998-2002; la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples para 2000.

sostener la casa, mientras esperan las remesas. También los que se quedan asumen la responsabilidad de pagar las deudas adquiridas para enviar el migrante a los Estados Unidos. Finalmente los cambios en la estructura del hogar ocasionado por la migración, afectan sobre todo a la hora de definir quién tiene la autoridad de tomar decisiones el uso de los recursos que la migración genera.

LAS MUJERES, LOS HOMBRES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO ALLÁ

El cuadro 8.3 reúne datos de la Encuesta Actual de la Población en los Estados Unidos⁴ y de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples en El Salvador para el año 2000. De acuerdo a esa información, la población salvadoreña que reside en Estados Unidos registra porcentajes de ocupación levemente superiores en la agricultura y la industria manufacturera que la población nativa de ese país. No obstante, es obvio que muchos hombres salvadoreños que antes trabajaban en la agricultura se han insertado

en los sectores de manufactura y de servicios. Las mujeres se ubican principalmente en el sector servicios y principalmente en el empleo doméstico.

Las mujeres migrantes a veces encuentran empleo con más facilidad que los hombres, sobre todo después de la ley migratoria estadounidense de IRCA, aprobada en 1986, que obliga a las empresas a asegurarse que los trabajadores contratados tengan documentos legales. Esta ley migratoria fue aprobada para restringir las oportunidades de empleo para migrantes indocumentados, ya que sanciona a los patrones que los contratan. Mahler (1995a) señala que esta ley ha llevado a los trabajadores indocumentados aún más lejos de la economía formal. La ley dificulta que los hombres consigan trabajo, cuando no tienen autorización legal para laborar; en contraste, las mujeres generalmente ocupan empleos domésticos que no siempre requieren documentos legales para trabajar, y por esta razón a veces pueden encontrar empleo más fácilmente que los hombres (Repak, 1995;

Mahler 1995a). Esta situación, según estos estudios, a veces crea conflictos entre esposos, porque el hombre puede sentir resentimiento cuando su esposa está trabajando fuera de casa por primera vez y cuando encuentra trabajos con menos dificultad que él.

En el contexto post-11 de septiembre, las restricciones migratorias se han incrementado, lo que afecta en especial a los hombres que generalmente trabajan en empleos más “visibles” que las mujeres. Mahler señala que los trabajos de hombres y de mujeres salvadoreños están relacionados con el género:

“Hombres trabajan afuera como jardineros, en la construcción, en el mantenimiento de piscinas y en los cementerios. Las mujeres salvadoreñas generalmente trabajan adentro, como internas, o domésticas con cama adentro, en limpieza, o como amas para los niños. También trabajan en restaurantes y cuidando ancianos.” (1995b)

Sin embargo, los trabajos que llegan a ocupar los hombres migrantes son mejor remunerados que los empleos domésticos, ocupados generalmente por las mujeres (Gammage et al. 2005). Dada la segregación ocupacional, no es sorprendente que exista una marcada brecha salarial por sexo, donde los hombres ganan más por hora que las mujeres (véase capítulo 2).

La segmentación laboral conduce a otras desventajas para las mujeres salvadoreñas. En los empleos predominantemente masculinos, existen más oportunidades (aunque limitadas) de ascender cargos, responsabilidades y estatus (Repak, 1995), aunque los empleos para ambos pueden ser inestables (Menjívar, 2000). Los hombres

también tienden a tener más beneficios laborales que las mujeres (Gammage et al., 2005). Y aunque las mujeres tienden a encontrar empleo más fácilmente que los hombres, muchas tienen que dejar el mercado laboral cuando se embarazan, especialmente si trabajan en limpieza o como empleadas domésticas. Las mujeres con empleos domésticos tienen que evaluar su nuevo rol de madre, y determinar si pueden mantener este tipo de empleo cuando tienen que además cuidar a sus hijos pequeños (Mahler, 1995a).

Gammage et al. (2005) también describe varias transformaciones en el comportamiento de la mujer, debidas principalmente a la generación de sus propios ingresos, que aumentan su autonomía personal, como por ejemplo poder salir sin permiso, manejar carros, abrir cuentas bancarias y mantener sus propias finanzas. Sin embargo, esto hay que tomarlo también con cierta precaución. Aunque algunos autores señalan que en el caso de la mujer el empleo contribuye a su empoderamiento o autonomía personal⁵ (véase, por ejemplo, Hondagneu-Sotelo, 1994), otros autores sostienen que el hecho de ser empleada fuera de la casa, como resultado de la migración, no siempre significa que la mujer tiene control sobre el ingreso que ella genera (Hugo, 2000). Además, muchas veces los hogares dirigidos o encabezados por mujeres son el resultado de la vulnerabilidad económica del hombre, más que del bienestar económico de la mujer (Pessar, 1994).

En esa misma línea, cuando las mujeres migrantes no tienen otra opción más que trabajar en un empleo de bajo estatus, puede ser que ellas no se sientan nada empoderadas. Por ejemplo, el empleo de

Las mujeres con empleos domésticos tienen que evaluar su nuevo rol de madre, y determinar si pueden mantener este tipo de empleo cuando tienen que además cuidar a sus hijos pequeños

trabajadoras domésticas muchas veces es difícil y aislante. Para algunas mujeres pueden convertirse en un factor de empoderamiento, para otras no. Lo que sí parece claro es que el trabajo que estas mujeres realizan como empleadas domésticas sirve para liberar de esta carga a sus patrones, en especial a otras mujeres, quienes pueden así enfocarse en su carrera profesional y en lograr empleos de mayor estatus (Hugo, 2000)⁶. En Long Island, por ejemplo, el aumento de contratación del trabajo doméstico se dio por una combinación de factores, como la incorporación de más mujeres anglosajonas de clase media y alta al mercado laboral, la riqueza de un grupo de familias élites en Long Island, el aumento de hogares con dos ingresos mayores, los hogares con profesionales que trabajan en la ciudad de Nueva York y viajan diariamente para ir a sus oficinas, y el aumento de la población de ancianos (Mahler, 1995b).

Asimismo, algunas mujeres migrantes empleadas como domésticas pueden estar expuestas a vivencias donde la división del trabajo es más equitativa entre hombres y mujeres en los hogares donde trabajan. Esto puede influenciar su manera de pensar y de ver los roles y las relaciones de género y llevarlas a intentar convencer a sus propias parejas para que ayuden más en las tareas del hogar (Menjívar, 2003).

Aunque algunas migrantes logran a convencer a sus parejas que ayuden con tareas domésticas que no cumplían en su país de origen, por lo general las mujeres de clase obrera confrontan el cargo del “día doble”, cuando los hombres se niegan a participar en la redistribución de la carga del trabajo reproductivo en el ámbito doméstico. En estos casos, las mujeres regresan a casa después de su empleo, para continuar

trabajando en el hogar (Adler, 2004; Toro-Morn, 1997). Por ejemplo, Mahler (1995b) señala que las mujeres salvadoreñas tienen que balancear sus obligaciones laborales con sus tareas domésticas, lo que se vuelve en mayor responsabilidad para las mujeres. Según una mujer en el estudio de Mahler:

“La gente en El Salvador piensa que las personas en los Estados Unidos viven bien en este bello país....Puede que sea este país muy bello, pero uno no viene aquí para disfrutar esa belleza. Vienes aquí para trabajar, trabajar, trabajar y el tiempo que te queda para disfrutarlo es mínimo” (1995b).

Otras veces las tareas domésticas se distribuyen entre los otros miembros de la familia. En la mayoría de los casos, la carga más grande recae sobre los hombros de las hijas.

Cuando las mujeres se encuentran trabajando por primera vez en empleos de bajo estatus, muchas ansían dejar de trabajar cuando sus parejas puedan asegurar un mejor ingreso. En estos casos, el poder quedarse en casa puede simbolizar un estatus más alto (Prieto, 1992). Tanto hombres como mujeres muchas veces desean adquirir de nuevo la posición económica que, en ocasiones, hacía posible que las esposas se queden en casa en sus países de origen (Pessar, 1994). Sin embargo, algunas mujeres encuentran que después de empezar a trabajar se sienten productivas, y hasta llegan a valorar el trabajo en sí (Prieto, 1992). Otras mujeres ya están acostumbradas a trabajar en su país de origen, como en el caso de muchas migrantes salvadoreñas. En estos casos, el debate sobre si es apropiado o no que la mujer trabaje fuera de casa es inexistente (Repak, 1995).

Mahler (1995b), p. 107 presenta varios casos en que se dan transformaciones de los roles y de las relaciones de género, entre migrantes salvadoreños residentes en los Estados Unidos:

“En El Salvador solo el esposo trabaja... Allá el hombre domina y la esposa tiene que hacer lo que diga su esposo. Aún ahora, esta es la costumbre. Aquí no. Aquí yo trabajo, gano dinero, y lo ayudo a pagar los gastos en lo que pueda, pero hago lo que quiero con mi dinero. Yo administro mi dinero, no mi esposo. Nos ayudamos y compartimos los gastos. Pero yo administro mi propio dinero. Es diferente en El Salvador, porque allá el esposo le da dinero a la esposa. Y si el esposo dice que está bien comprar un vestido, entonces la esposa lo compra, pero si es muy caro no la deja. Aquí las mujeres son diferentes, son más liberales.”

Es probable que los hombres migrantes tengan que compartir autoridad, toma de decisiones e incluso tareas domésticas más de lo que acostumbraban en su país de origen. Por ejemplo, un participante varón en el estudio de Gammage et al. (2005) se encargaba de cocinar y cuidar a los hijos, mientras que su esposa trabajaba en Wal-Mart.

Cuando los hombres enfrentan los cambios de patrones de género, pueden sentirse ambiguos, al igual que sus parejas. Por ejemplo, Mahler señala que la nueva independencia de la mujer migrante salvadoreña puede crear problemas en las relaciones entre parejas, porque muchos hombres quieren sentir que mantienen el control, aunque sus esposas trabajen fuera del hogar: “Regresan a casa y esperan que les sirvan la comida, y las mujeres generalmente los complacen pero se sienten ambiguas. Les

gusta ganar dinero pero saben que su estatus como buenas mujeres es principalmente medido por ser esposas leales y madres” (1995b).

Como se ha señalado, la clase socioeconómica y el empleo también son factores importantes que moldean las experiencias migratorias por parte de los hombres. Ellos pueden confrontar una negociación constante de sus masculinidades, a través de la migración. Muchas veces se ven obligados a emigrar para poder cumplir sus responsabilidades asignadas socialmente como hombres (“papel de proveedor”), ya que debido a la situación económica, no pueden cumplir con sus responsabilidades a cabalidad. Pero cuando migran, ven que las ocupaciones que encuentran en Estados Unidos son muchas veces de estatus bajo, y esto puede provocarles crisis de masculinidad. Algunos hombres de clase media quizás nunca tuvieron que trabajar en sus países de origen y pueden sentirse humillados por trabajos que requieren, por ejemplo, lavar platos y servir a clientes en restaurantes. En especial, los hombres se pueden sentir mal porque están realizando “trabajos de las mujeres” Por ejemplo, un participante en el estudio de Mahler compartió lo siguiente:

“El hombre que era campesino en El Salvador y se convierte en lavaplatos aquí, se siente mal, porque es una tarea que tradicionalmente hacen las mujeres. Para él, solo las mujeres deben lavar platos y a veces no quiere decir en qué trabaja. Se siente mal, se siente humillado cuando consigue trabajo lavando platos.” (1995b)

Según Mahler, algunos hombres salvadoreños también se sienten humillados por la limpieza comercial e industrial, pero este tipo de trabajo tiene la ventaja de que es de noche;

Es probable que los hombres migrantes tengan que compartir autoridad, toma de decisiones e incluso tareas domésticas más de lo que acostumbraban en su país de origen

entonces es menos visible, y los trabajadores tienen menos posibilidad de ser descubiertos por la migra (1995b).

La movilidad descendente puede transformarse en un intento de ganar control en la esfera doméstica, especialmente cuando el hombre se ve desempleado y dependiendo de su pareja. Muchas veces la situación laboral inestable de los hombres crea un conflicto interno y un resentimiento hacia las nuevas posiciones de clase y de género (Rouse, 1994), lo cual incluso se puede manifestar en depresión, alcoholismo y, en algunos casos extremos, en violencia doméstica o intrafamiliar. La violencia contra las mujeres por parte de estos hombres es una forma clara de ejercer el poder y el control sobre ellas.

A la vez, hay algunos hombres que sí empiezan a aceptar que la esposa trabaje e incluso a veces lo desean. Por ejemplo, un participante salvadoreño en el estudio de Mahler (1995b) dijo que él quisiera que su esposa trabajara, si es que ella viniera a Estados Unidos.

Esto también genera conflictos, crisis, contrastes y ambigüedades entre las propias mujeres y entre las visiones más o menos tradicionales de las relaciones de género que conviven, como refleja este testimonio citado en el estudio de Mahler indicó: “Las mujeres, especialmente las del campo, cambian. Vienen aquí y trabajan y ganan dólares. Ven un boleto de pago semanal. Se vuelven arrogantes, algunas se vuelven malcriadas y empiezan a hablar de forma grosera. Ahora ya no son sumisas” (citado en Mahler, 1995b).

LAS MUJERES, LOS HOMBRES Y LAS RELACIONES DE GÉNERO AQUÍ

Aunque según la información del censo de los Estados Unidos, dentro de la población salvadoreña que reside en ese país los hombres solamente superan a las mujeres en 7.9%, tal diferencia se eleva hasta 20.6% en el caso de quienes tienen entre 18 y 44 años de edad. Esta característica de las migraciones está ocasionando cambios demográficos profundos en algunas comunidades, sobre todo en la zona oriental del país, donde ya es visible la escasez de hombres en edad de trabajar.

Rivas (2004), en su reportaje para La Prensa Gráfica, subraya que la emigración contribuye a comunidades feminizadas, con altas tasas de menores y ancianos. Benítez, et al. (2005) destacan el impacto de la migración en las comunidades de El Tejar y El Tamarindo, en La Unión, y Chinameca, en San Miguel:

“Ahora en la comunidad, la mayoría son mujeres quienes mantienen el hogar y muchas son mujeres solteras. Alrededor de 75% son mujeres solteras o mantienen el hogar. Algunas mujeres están en los Estados Unidos y sus madres cuidan a sus hijos”. Mujer residente en la comunidad de Chinameca, San Miguel.

“Las cosas aquí están cambiando, la idea que el hombre es cabeza del hogar solo se quedó de nombre. Somos las mujeres las cabezas del hogar. Nosotras somos simplemente todas mujeres aquí; mujeres, niños y personas viejas. Pero principalmente, mujeres solas o abuelos con los niños.” Mujer residente en la comunidad de El Tejar, La Unión.

“Los ancianos son quienes cuidan a los nietos,

Las migraciones está ocasionando cambios demográficos profundos en algunas comunidades, sobre todo en la zona oriental del país, donde ya es visible la escasez de hombres en edad de trabajar

sobrinos. Viven de las remesas porque no hay trabajo. Aquí la pesca está agotada. No hay nada para pescar”. Mujer residente en El Tamarindo, La Unión.

La pérdida selectiva de hombres es preocupante para las mujeres, pero la mayoría de entrevistados en las comunidades de origen, en Gammage et al. (2005) aparentaban aceptar la migración como una necesidad para confrontar la ausencia de oportunidades económicas en su comunidad.

“Todos tienen que trabajar en la forma que puedan... si tienen que salir, así sea.” Mujer residente en El Tamarindo, La Unión.

“Para ser sincera aquí no hay empleo. ¡Nada! ¿Y cómo viven? De lavar y planchar. Hay pocos trabajos para las mujeres. Por eso hay migración. Y con la migración hay bastante desintegración familiar por ese motivo. Pero la separación no es ideal. A veces la distancia hace que el amor se enfríe.” Mujer residente en Chinameca, San Miguel.

Sin embargo, no se trata solamente de que los hombres se vayan. Las mujeres jóvenes se van también, aunque no en la misma proporción que los hombres:

“La extrema pobreza impulsa a la migración. Y yo de vez en cuando contemplo la misma. A pesar del hecho de que tengo empleo me desespero por la dolarización. No nos pagan el equivalente en dólares. Los dólares ganados aquí no abundan. El querer irse por allá pensando en los hijos, el cómo educarlos y hacer de ellos personas útiles. Siento que no puedo mantener a mis hijos aquí. Mi esposo no es empleado, trabaja en la agricultura...si contemplo irme es siempre pensando en ellos.” Mujer residente en Chinameca, San Miguel.

Cansino (2005) compara la situación para hombres y mujeres entre Santa Catarina Masahuat, Sonsonate, y Concepción de Oriente, La Unión. Santa Catarina Masahuat es un municipio eminentemente agrícola, donde sus pobladores se mueven entre dos ciclos productivos importantes: el primero de ellos es el de la cosecha del café, el segundo es el cultivo de maíz, frijol y maicillo. La población depende estrictamente de las dos actividades económicas mencionadas, y menos del 1% de los hogares registra el recibo de remesas internacionales. En comparación, Concepción de Oriente es un municipio de La Unión fronterizo con Honduras, donde la migración parece ser la fuente más importante de ingresos en la economía rural. En Concepción de Oriente, 63% de los hogares reporta recibir remesas del extranjero. Como subraya un poblador de Concepción de Oriente:

“Aquí en Concepción no hay trabajo para los hombres, por eso se van a los Estados Unidos; solo hay trabajo para las mujeres que trabajan en casas como domésticas.” Hombre residente en Concepción de Oriente, La Unión.

Se observa el impacto demográfico de la migración comparando las dos comunidades (véase cuadro 8.4). En Santa Catarina Masahuat, Sonsonate, el índice de masculinidad es de 1.02, mientras que el mismo índice para Concepción de Oriente, La Unión, es de 0.76. Hay levemente más hombres que mujeres en Santa Catarina, –lo que refleja la migración interna de mujeres para el sector doméstico, en Santa Ana y San Salvador. En Concepción de Oriente hay 76 hombres por cada 100 mujeres, una cifra que nos revela la migración selectiva de hombres hacia el norte. Cuando uno se fija solamente

Cuadro 8.4

Comparando dos municipios con altos y bajos niveles de migración

Indicadores	Santa Catarina Masahuat, Sonsonate	Concepción de Oriente, La Unión
Migración y remesas		
Hogares que reciben remesas (%)	0.6 %	63.0 %
Total de remesas familiares mensual	\$1,069	\$206,055
Demografía		
Población total	8,635	6,449
Índice de masculinidad	1.02	0.76
Índice de masculinidad (15-24 años de edad)	1.00	0.66
Porcentaje de la población con menos de 18 años de edad	42.6	47.1
Porcentaje de la población con más de 44 años de edad	15.9	24.3
Indicadores de empleo		
Población económicamente activa (PEA) total	3,076	1,475
PEA bruta	35.6 %	22.9 %
PEA global (edad de trabajar)	48.6 %	29.6 %
Tasa de desocupación	6.9 %	19.3 %

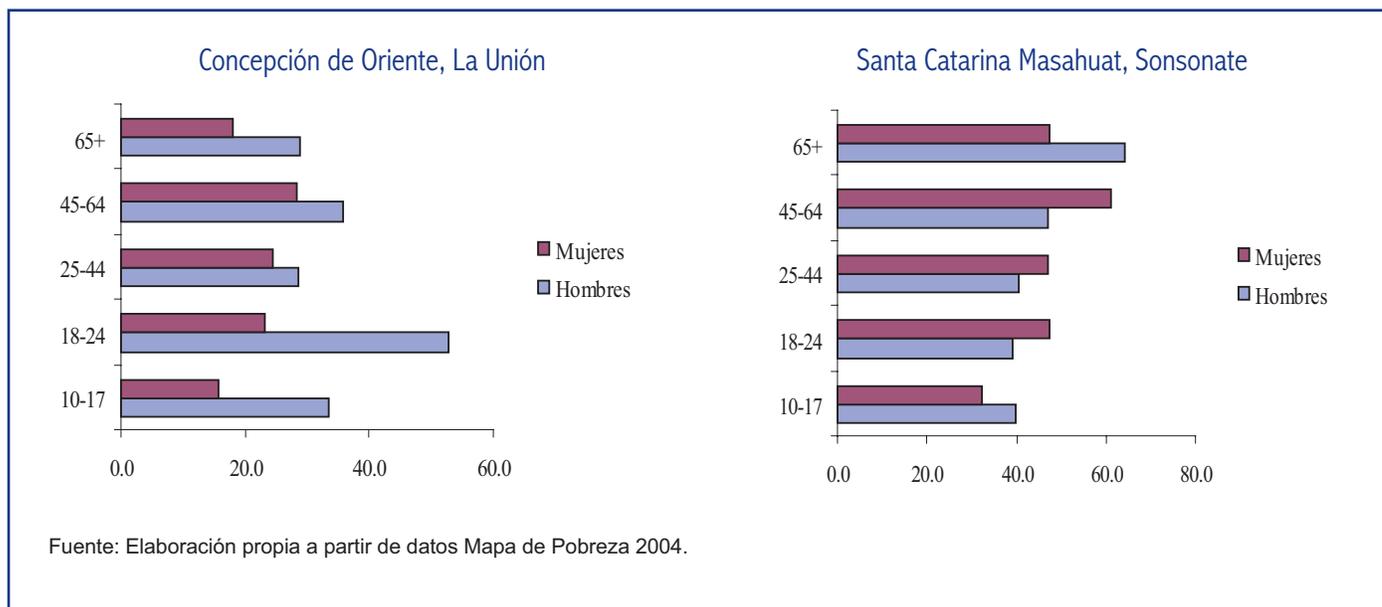
Fuente: Elaboración propia a partir de datos Mapa de Pobreza 2004.

en los segmentos más jóvenes de la población entre 15 y 24 años de edad, las diferencias son aún más marcadas. En Santa Catarina hay 100 hombres por cada 100 mujeres entre 15 y 24 años de edad, mientras que en Concepción de Oriente hay solamente 66 hombres por cada 100 mujeres, en el mismo rango de edad. El cuadro 8.4 subraya que la migración ha incrementado la dependencia demográfica y el envejecimiento de la población. En Concepción de Oriente, un 24.3% de la población tienen 44 años o más, comparado con el 15.9% de la población en Santa Catarina Masahuat.

El tamaño de los hogares difiere también: en Santa Catarina Masahuat el tamaño promedio es de 5.07 personas por hogar, comparado con 4.31 en Concepción de Oriente. La migración en Concepción de Oriente afecta a alrededor de 63% de los hogares, y ha resultado en un alto índice de hogares con jefatura femenina, casi 42%, comparado con 16% en Santa Catarina. Las familias en Concepción de Oriente tienen mayores números de dependientes demográficos y económicos, y como consecuencia menores tasas de participación bruta. En Santa Catarina, 36% de toda la comunidad reporta trabajar, y 49% de la

Gráfico 8.1

Tasas de participación bruta (población económicamente activa entre población en edad de trabajar)



población en edad de trabajar (entre 15 y 65 años de edad). Las tasas de desocupación también difieren: en Santa Catarina 6.9% de personas reportan ser desocupados comparado con 19.3% de personas en Concepción de Oriente.

En ambos casos, Santa Catarina Masahuat y Concepción de Oriente, Cansino (2005) reporta que las mujeres están asumiendo roles innovadores, como de proveedoras y en la jefatura de hogar. Sin embargo, dicho cambio, en el caso de Santa Catarina Masahuat –el lugar con menores tasas de emigración internacional, aunque sí registra fuerte migración interna sobre todo de mujeres– no modifica sustancialmente la posición social de las mujeres dentro del grupo familiar. Al contrario, el peso del desequilibrio de la fuerza de trabajo y el desempleo masculino está recayendo sobre ellas, y el cambio en el rol no les está

significando, necesariamente, cuotas importantes de autonomía económica.

Según Cansino (2005), el efecto de la pérdida selectiva de hombres en edad de trabajar en municipios como Concepción se ve reflejado en la cantidad de hogares con jefatura femenina. En Santa Catarina Masahuat, la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples reporta que 16% de todos los hogares tiene jefatura femenina⁷, hogares donde hay una mujer sola encabezando el hogar. En contraste, Concepción de Oriente tiene una tasa de hogares con jefatura femenina de 42%.

Otro aspecto importante a destacar, en el caso de Concepción de Oriente, es que las mujeres que asumen la jefatura del hogar por la ausencia del marido, no se convierten en receptoras pasivas de las remesas, ya que asumen el papel de administradoras de la

remesa y, en algunos casos, dedican parte de los fondos a actividades económicas informales, mismas que les permiten generar ingresos más estables.

“Mi esposo no está en la casa porque se fue a Estados Unidos a trabajar, así que hoy me toca hacer de hombre y mujer, así como veo todo lo de mis hijos veo todo lo de mi esposo y tengo una tiendita.” Mujer residente en Concepción de Oriente, La Unión.

El gráfico 8.1 compara las tasas de participación bruta para cada segmento de la población. En general, las tasas de participación en Santa Catarina Masahuat, donde hay menor migración, son más altas que en Concepción de Oriente. Sin embargo, las diferencias se acentúan en el estrato de edad de 45 a 64 años y mucho más en el de 65 años o más. Para los hombres y las mujeres mayores de 65 años de edad, el impacto de la migración en Concepción de Oriente parece haber facilitado su retiro. Dado estos datos, se puede conjeturar que las remesas actúan como una transferencia de pensión para los mayores de edad.

La migración provoca cambios en la organización de la vida cotidiana, y en los roles y responsabilidades de género. Sin embargo, es interesante observar que los patrones de género, en cuanto a la distribución de tareas dentro de la casa, en El Salvador, aun en comunidades donde hay altas tasas de migración, no se han cambiado visiblemente. Cansino (2005) observa que la división de los roles y responsabilidades por el género está muy marcada en los dos municipios que ella compara. Tanto en Santa Catarina Masahuat, Sonsonate, como en Concepción de Oriente, La Unión, el trabajo reproductivo sigue siendo asumido, como ha sucedido tradicionalmente, por las mujeres.

Las mujeres asumen como naturales y propias, las tareas de reproducción que se realizan en el ámbito doméstico. El “oficio de la casa” no es visibilizado ni reconocido como trabajo.

“En la casa hay que barrer, hay que lavar, hay que plancharle la ropa al esposo, echar las tortillas, hacer el conque y otras cositas más. Así pasa el día... se acabó el día, llega el siguiente día y hay que volver a hacer las mismas cositas.” Mujer residente en Santa Catarina Masahuat, Sonsonate.

A pesar del impacto de la migración en Concepción de Oriente, las mujeres siguen realizando las tareas reproductivas dentro de la casa. El testimonio recabado por Cansino (2005) en una entrevista realizada a un hombre en Concepción de Oriente evidencia que las tareas productivas y reproductivas son asignadas por sexo según las normas rígidas que gobiernan la identidad masculina y femenina. Cuando se le preguntó sobre la escasez de trabajo en su comunidad, respondió:

“A la mujer se le hace más fácil solventar este problema como mujer, porque cualquier hogar o cualquier casa le da trabajo de lavar ropa, lavar los trastos; a veces trabaja junto a los niños. Un hombre está condenado a destruirse cuando le dejan la tarea de alimentar y trabajar para los hijos.” Hombre residente en Concepción de Oriente, La Unión.

Lo mismo ocurre en Santa Catarina Masahuat donde, a pesar de que más mujeres están saliendo a trabajar fuera sobre todo como empleadas domésticas y los hombres dicen quedarse al cuidado del hogar, no logra superarse la división sexual del trabajo, por lo que los hombres asumen las tareas del hogar

relacionadas con el mantenimiento del hogar (arreglo de techos, etc.), pero no de las tareas reproductivas consideradas femeninas, que siguen recayendo en otras mujeres de la familia (madres, hijas, etc.).

Por otro lado, el impacto de la migración en El Salvador puede conducir a que haya más familias extensas y no nucleares, donde los roles y las responsabilidades de género están transformándose.

“En el caso mío, yo fui padre y madre responsable, porque mi esposo se fue a los Estados Unidos y ya no volvió, y yo crié a mis hijos con las ventas, con las manualidades, y después también los hijos se fueron, pero ellos me mandan.” Mujer residente en Concepción de Oriente.

Cansino (2005) también plantea que, desde esta perspectiva, las mujeres jefas de hogar y sus grupos familiares no son vistos como grupos de mayor vulnerabilidad. Al contrario, el hecho de que las mujeres con su trabajo logren sacar adelante a sus hijos se convierte en un fuerte cuestionamiento de modelos que asocian a las mujeres únicamente como cuidadoras pasivas de los hijos y de las hijas una vez que el hombre no está más en la casa.

Según Repak (1995), cuando las mujeres migrantes salvadoreñas de zonas rurales mejoran sus ingresos financieros, experimentan más conflictos con los hombres, que mujeres de zonas urbanas; ya que en sus comunidades rurales los roles de género son más rígidos. Además, la estructura tradicional de muchos caseríos rurales es que familias extendidas viven cerca, pero no en la misma residencia. La esposa y los hijos de los migrantes varones tienden a vivir con la familia paterna,

mientras que el esposo financia la construcción de su propia casa (Mahler, 1995b). En este contexto, cuando el hombre emigra solo, hay poca oportunidad de cambiar la dominación del hombre, a causa de la dependencia económica que tiene la mujer. Hay pocos trabajos disponibles para las mujeres, y cuando el esposo emigra, la mujer queda bajo el poder de los familiares de su esposo, especialmente de la mamá de este (Mahler, 2001). Esta relación de dependencia para la mujer salvadoreña se discute con más detalle en la sección sobre el impacto de remesas.

Sobre el tema de la violencia, Cansino (2005) plantea en su estudio que en Santa Catarina Masahuat no ha habido cambios en el ejercicio de la violencia hacia las mujeres, tanto al interior como al exterior del hogar. Algunas de las entrevistadas manifestaron que concienciar a las mujeres sobre sus derechos y, particularmente, sobre el derecho a una vida sin violencia, puede ser peligroso porque a los hombres no les gusta:

“Yo me he dado cuenta de que hay bastantes casos de hombres que pegan a sus esposas y además las maltratan psicológicamente (‘Vos no vales nada’, ‘sos la mujer’). Tengo conocimiento de que se puede denunciar en un juzgado de Familia; en cualquier juzgado también. A veces la que se atreve a denunciarlo a los dos, tres días está retirando la denuncia porque ya se han contentado”.

Por el contrario, en Concepción de Oriente se registra poca violencia intrafamiliar y violencia hacia las mujeres, lo que las mujeres entrevistadas atribuyen a la escasa presencia masculina: “Los hombres se fueron y ya no tenemos violencia”. Además, las mujeres de esta comunidad dicen sentirse libres para denunciar ante el juzgado o llamar a la PNC

Cuando las mujeres migrantes salvadoreñas de zonas rurales mejoran sus ingresos financieros, experimentan más conflictos con los hombres, que mujeres de zonas urbanas

Cuadro 8.5

Hogares receptores de remesas en El Salvador, 2004

	Jefatura		Total
	Masculina	Femenina	
Reciben remesas	190,811	171,378	362,189
Total jefes de hogar país	1,102,628	523,408	1,626,036
% de hogares que reciben remesas	17.3%	32.7%	22.3%
Distribución de jefatura de hogares que reciben remesas	52.7%	47.3%	100%
Remesas como % de ingresos totales	27.6%	42.4%	34.1%

Fuente: Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples, 2004.

cuando se produce un hecho de violencia doméstica. Las mujeres dicen sentirse seguras cuando caminan hacia sus cantones y comentaron que es muy raro que en el municipio se produzcan violaciones. Los hombres de esta localidad comentaron que se abstienen de ejercer violencia contra las mujeres debido a que estas pueden denunciarlos ante las autoridades. La mayoría de estos hombres vivieron en Estados Unidos y comentaron que en aquel país, hombres y mujeres son iguales ante la ley:

“Los hombres que estamos aquí estuvimos en el norte y agarramos ejemplo de los Estados Unidos. Allá el hombre y la mujer son iguales. Esto ayuda mucho al desarrollo social, porque usted sabe que allá se aplica la ley, allá si un marido le pega a la señora lo meten en la cárcel y aquí está igual, no siempre, pero las mujeres ponen denuncias.”

REMESAS: AQUÍ Y ALLÁ

Las remesas son relativamente más importantes en los hogares salvadoreños de jefatura femenina o en los mantenidos por mujeres⁸, que en los de jefatura masculina.

De acuerdo a la información contenida en el cuadro 8.5, del total de hogares con jefatura masculina 17.3% reciben remesas, y dentro de estos, las remesas representan el 27.6% del total de ingresos percibidos. A diferencia del total de hogares con jefatura femenina, 32.7% reciben remesas, las cuales representan el 42.4% de sus ingresos.

Por otra parte, el cuadro 8.6 indica que del total de personas que reciben o son destinatarias de remesas en El Salvador, 55% son mujeres.

El hecho de que las remesas tienden a ser desproporcionadamente importantes como fuente de ingresos para los hogares con jefatura femenina, o son recibidas en la mayoría por mujeres, subraya la relevancia de un análisis de género que examine el impacto de la migración en la demografía del hogar, la formación y cohesión de hogares, la toma de decisiones, e inversión y consumo en los lugares de origen de los migrantes. Además, hay un cuerpo creciente de literatura que confirma que los ingresos en las manos de las mujeres tienden a ser canalizados hacia el bienestar de la familia (Thomas, 1990, 1997;

Cuadro 8.6 Receptores de remesas en El Salvador por parentesco con el jefe del hogar y sexo (%)

Parentesco	Hombre	Mujer	Total
Jefe(a)	52.7% (34.1%)	47.3% (14.8%)	100.0% (24.1%)
Espos(a)	10.1% (2.5%)	89.9% (26.5%)	100.0% (15.0%)
Hijo(a)	49.3% (46.2%)	50.7% (40.1%)	100.0% (43.3%)
Padre/madre	23.4% (0.4%)	76.6% (1.6%)	100.0% (1.1%)
Yerno/nuera	31.5% (1.1%)	68.5% (1.6%)	100.0% (1.4%)
Nieto(a)	51.3% (10.4%)	48.7% (8.9%)	100.0% (8.9%)
Suegro(a)	22.8% (0.2%)	77.2% (0.7%)	100.0% (0.4%)
Otros familiares	47.2% (4.9%)	52.8% (4.7%)	100.0% (4.8%)
Empleada(o) doméstica(o)	15.5% (0.01%)	84.5% (0.2%)	100.0% (0.1%)
Otros	42.6% (0.3%)	57.4% (0.3%)	100.0% (0.3%)
Total	45.0% (100.0%)	55.0% (100.0%)	100.0% (100.0%)

Notas: a Porcentaje del total en paréntesis.

Se define el parentesco en relación con el jefe o jefa del hogar receptor. No implica que los jefes de hogar no sean esposos/as, hijos/as o padres/madres, etc. de las personas que envían las remesas.

Fuente: Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples, 2004.

Hoddinott et al., 1997). Dado eso, es posible que el bienestar de hogares con migrantes sea mejor no solamente por el acceso a remesas, sino también porque la migración ha cambiado las preferencias y la autoridad de toma de decisiones dentro del hogar.

Los migrantes envían bienes y dinero, y reciben bienes también. Una gran variedad de bienes se intercambian entre las fronteras que separan a las comunidades de El

Salvador de los amigos y familiares que residen en los Estados Unidos. Tanto los hombres como las mujeres les envían bienes, cartas y fotografías a sus familiares y amigos en El Salvador. Es interesante observar que los tipos y volúmenes de los bienes que se envían y se reciben son ampliamente similares tanto para los hombres como para las mujeres (Gammage et al., 2005). La ropa y los zapatos predominan en la circulación de bienes que los hombres y las mujeres envían

a El Salvador, mientras que los alimentos predominan en el movimiento de bienes que se envían a los Estados Unidos desde las comunidades de origen. Parece ser que los hombres migrantes envían artículos más grandes y caros con menos frecuencia, mientras que las mujeres migrantes envían artículos más pequeños y menos caros con más frecuencia (ibid). Entre los artículos más grandes que les enviaron a sus familiares en El Salvador en 2004, se encuentran aparatos eléctricos tales como televisores, refrigeradores, computadoras, máquinas de coser, fotocopiadoras y equipos de sonido. Algunos de los artículos más grandes se enviaron para que se utilizaran en pequeños negocios y microempresas, particularmente: refrigeradores, máquinas de coser y fotocopiadoras. Entre los artículos más pequeños se encuentran zapatos, ropa, discos compactos, videos, juguetes, perfumes y libros.

Para el envío de bienes o remesas en especie, la mayoría de los migrantes utilizan canales informales, especialmente para hogares receptores en sectores rurales. De forma desigual, las mujeres escogen un servicio informal o un encomendero individual para enviar sus remesas, en vez de un servicio financiero formal, como los que brindan BanComercio, Western Union, Trans Express o cualquier banco (Gammage, 2005). La selección del servicio a utilizar parece depender de la edad y del género del o la remitente, al igual que de donde viven y su capacidad para utilizar los servicios formales. El estudio de Gammage et al. (2005) destaca que 64% de los hombres y el 67% de las mujeres envían dinero a una destinataria femenina en El Salvador. También la mayoría de las y los destinatarios son mayores de edad, comparados con la persona que envía la remesa: más del 60% de los destinatarios

de remesas fueron mayores que los remitentes. Es mucho menos probable que la gente mayor y aquellos con poca experiencia en las ciudades y los bancos utilicen los servicios financieros y de encomiendas formales. Como observa un migrante en los Estados Unidos, sobre el uso de los servicios informales:

“La mayoría de los que reciben el dinero son los padres, las madres o las esposas. Generalmente, estas personas son temerosas y tímidas y no les gusta ir a la ciudad. Para la gente que está aquí, a menudo es más fácil si la viajera va a la casa. Mi mamá es una de esas personas. Ella nunca iría a La Unión a cambiar un cheque. Mandaría a alguien a que lo hiciera por ella. Así que sí es mucho mejor si la viajera va hasta su casa.” Hombre residente en el departamento de La Unión.

El factor determinante para muchas mujeres inmigrantes que utilizan a los viajeros es que estos servicios son informales, personales y de puerta a puerta. Los costos de las transacciones son más bajos que los equivalentes a la utilización de encomenderos formales, especialmente para los inmigrantes indocumentados o para los documentados que están dispersos. No se requiere de identificación alguna ni se necesitan cuentas bancarias, ni tampoco se les solicita ningún número de identificación tributaria. El costo más bajo puede atraer más a las mujeres que a los hombres, tanto en calidad de destinatarios como de remitentes.

Las mujeres, tanto remitentes como destinatarias, también pueden enfrentar mayores obstáculos de movilidad en ambos países. Las mismas tienen un acceso más limitado al transporte privado, o se sienten particularmente vulnerables al utilizar el transporte público. Además, las sanciones

Otro factor que puede determinar la selección del servicio de remesa es la habilidad de enviar dinero fácil y rápidamente. Los inmigrantes en los Estados Unidos pueden tener varios trabajos, y tienen muy poco tiempo para utilizar las instalaciones bancarias durante las horas laborales

sociales controlan con mayor facilidad la movilidad y las libertades personales de las mujeres. Las preocupaciones que se expresan con más frecuencia son en cuanto a la libertad de movimiento de las mujeres, y a los riesgos específicos que como mujeres viven frente a la delincuencia o la violencia cuando están fuera de casa⁹. Tanto los remitentes como los destinatarios también muestran profundas preocupaciones con respecto al hecho de llevar consigo o recibir considerables sumas de dinero para depositarlas o recogerlas en un servicio formal de remesas, especialmente si son mujeres.

“No me gusta ir a Intipucá o a La Unión a recoger el dinero. Me da miedo. Es mucho mejor si vienen hasta aquí donde uno.” Madre de un inmigrante en Virginia, 2004.

“Es mucho mejor para la gente mayor, para los padres, madres y esposas no ir a la ciudad a recibir sus remesas. Ha habido muchos asaltos. Es más seguro si la viajera trae el dinero.” Joven cuyos hermanos le envían remesas regularmente a su madre en La Unión, 2004.

Las mujeres también pueden, de forma desigual, preocuparse de que sus familiares mayores utilicen el transporte público, viajen a los pueblos más grandes, o se les vea recaudando o recibiendo remesas; por ello, les resulta más atractivo a las remitentes el servicio de puerta a puerta.

“Sí, yo uso un viajero. Él va directamente a sus casas; es más fácil para ellos que el banco, pues está muy lejos y es muy peligroso.” Salvadoreña en Maryland.

Adicionalmente, el tipo de servicio que ofrecen los encomenderos informales puede

ser más atractivo para las mujeres que para los hombres, aunque estos también los utilizan, ya que es más personal y se le da mayor énfasis a la comunicación, la transmisión de mensajes, el intercambio de impresiones y el suministro de una descripción de las circunstancias que rodean a sus familiares, al igual que de su bienestar.

“La mayoría de mis clientes son mujeres. Creo que hay más confianza entre mujeres. De todas formas, nosotras sabemos mejor qué es lo que quieren saber, qué tal lucía tu mamá, si estaba bien. Yo diría que es que hay más confianza con otra mujer. Hasta puede ser más fácil pasar por inmigración y aduanas cuando eres mujer. Te tratan un poquito mejor.” Viajera, departamento de San Miguel.

“Los viajeros y viajeras juegan un papel muy importante en nuestra comunidad. Por ejemplo, si quiero mandarle algo a mi mamá, lo hago con una viajera en la que tenga mucha confianza. Lo hago porque quiero asegurarme que el dinero le llega a mi mamá y que se lo dan directamente, en sus propias manos. Pero también lo hago así porque quiero saber cómo está mi mamá. ¿Qué tal se ve? ¿Está bien? ¿Está contenta? Nos traen información, por si acaso tuvieras que saber, o aun si no supieras que algo malo está pasando. Ayudan, aclaran las cosas, ven cómo nos pueden ayudar.” Salvadoreña en Virginia.

Otro factor que puede determinar la selección del servicio de remesa es la habilidad de enviar dinero fácil y rápidamente. Los inmigrantes en los Estados Unidos pueden tener varios trabajos, y tienen muy poco tiempo para utilizar las instalaciones bancarias durante las horas laborales. Es frecuente que el viajero o la

viajera viva en su propia comunidad en los Estados Unidos, y que pueda acordar ir a su casa más tarde por la noche. A menudo, se reciben solicitudes de dinero y de ayuda cuando menos se esperan —por ejemplo, el envío de dinero para pagar gastos médicos de emergencia, o comprar medicamentos. Mientras que las transferencias bancarias o los servicios para cobrar cheques en efectivo pueden durar hasta cinco días laborales, con frecuencia el viajero puede hacerle llegar los fondos al destinatario en dos días. De vez en cuando, si el viajero ya se encuentra en El Salvador, fungirá como prestamista, le dará el dinero a la familia, y lo recaudará a su regreso a los Estados Unidos.

Las y los viajeros juegan un papel fundamental en las expresiones de transnacionalismo en El Salvador, facilitando la comunicación, transportando bienes, acompañando a la gente a través de las fronteras, y asegurando que las remesas lleguen hasta las zonas rurales más remotas. Los bienes que transportan hacia el norte tienen un tremendo significado emocional y cultural para la persona que los recibe. El hecho de brindarle acceso a alguien a lo que le es familiar en un mundo que resulta extraño y abrumador no solamente les brinda consuelo, sino que también preserva la identidad cultural salvadoreña.

Las y los viajeros son parte de un mosaico de pequeños negocios que han surgido para brindarles servicios a la diáspora y sus familias. Los mismos también constituyen una parte muy vibrante de la economía salvadoreña y transportan un volumen nada despreciable de las remesas y bienes hacia y desde El Salvador. Posiblemente, una cantidad de hasta US\$240 millones ingresa al país por el dinero en efectivo que llevan los viajeros (Gammage, 2005). Las medidas para

legalizar y proteger sus servicios podrían reducir los riesgos asociados con sus labores, y legitimar su papel dentro de la comunicación transnacional existente. La distinción de las visas de negocio, incluyendo una cuota dirigida a los pequeños negocios en la asignación de visas tipos E1 y E2, como parte de los tratados de comercio, y la cobertura de seguros en cuanto al contenido de los paquetes y contra riesgos, representan medidas que podrían mejorar considerablemente el entorno comercial en el que los viajeros trabajan, para servir a la comunidad de la diáspora. Se ha demostrado que es esencial la preservación de la seguridad e integridad de estos servicios para mantener los lazos existentes entre la diáspora y sus comunidades de origen y para satisfacer las necesidades tanto de los remitentes como de los destinatarios, entre los que se encuentran de forma desigual las mujeres.

UTILIZACIÓN DE REMESAS: LAS EXPECTATIVAS AQUÍ Y ALLÁ

Los estudios destacan el hecho de que la mayoría de las remesas se utilizan para el consumo, es decir, la satisfacción de las necesidades inmediatas de los hogares que las reciben. El cuadro 8.7 revela que, en 2004, el 83% de hogares con jefatura masculina y el 84% de hogares con jefatura femenina utilizaban sus remesas para el consumo. Pero algunas remesas se ahorran, y un pequeño porcentaje de estos ahorros puede invertirse en actividades productivas. Casi 9% de los hogares con jefatura masculina y 4% de los hogares con jefatura femenina mantuvieron ahorros en 2004 (véase cuadro 8.7). Se observa que los hogares con jefatura femenina demuestran una propensión levemente más alta para invertir en el capital humano, en términos de

Cuadro 8.7

Uso de las remesas por sexo del jefe de hogar, El Salvador, 2004

Destino	Destino de las remesas por sexo del jefe de hogar (en %) ^a		
	Masculino	Femenino	Total
Consumo	82.9%	83.9%	83.5%
Vivienda	0.4%	0.7%	0.5%
Negocio (comercio)	0.4%	0.3%	0.4%
Gastos médicos	2.8%	3.4%	3.1%
Gastos en educación	4.2%	6.6%	5.5%
Compra de insumos agrícolas	0.6%	0.3%	0.4%
Ahorro	8.1%	4.3%	6.1%
Otros	0.6%	0.5%	0.5%
Total	100.0%	100.0%	100.0%

Nota: a Incluye exclusivamente las remesas recibidas en efectivo.

Fuente: Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples, 2004.

gastos de educación y salud: 10% de las remesas que llegan a los hogares con jefatura femenina se destinan al capital humano, comparado con 7% para hogares de jefatura masculina. No obstante, el hecho de que la mayoría de los gastos de las remesas se destinan al consumo, implica que hay opciones limitadas para el uso productivo de las remesas. No quiere decir que el hecho de gastar las remesas en productos de consumo no tiene un impacto multiplicador en la economía local y nacional: sin embargo, dado el hecho de que muchos productos y bienes de consumo son importados el impacto potencial es relativamente limitado, en términos de dinamizar la economía local y nacional (véase capítulo 3).

Si bien es cierto que en algunos casos las mujeres que quedan en El Salvador aumentan su independencia porque pueden

realizar tareas que antes dirigían los hombres como la agricultura, la disciplina y el manejo de la economía familiar, a la vez la llegada de la remesa y la cantidad no siempre es predecible, y esto puede contribuir a la dependencia de la mujer (Mahler, 2001). Mahler menciona que muchos migrantes se preocupan por la situación de sus familiares en El Salvador, pero la ansiedad es aún mayor entre los familiares que se quedan en el país, especialmente las madres, cuando esperan día tras día la llegada de la remesa de su esposo para poder dar de comer, vestir y educar a sus hijos (2001).

Los estudios parecen indicar que hay patrones de ahorro e inversión de las remesas diferenciadas por género. El análisis realizado por Gammage et al. (2005) revela que el 16% de los hombres que reciben remesas en El Salvador informó que tiene

ahorros, mientras que casi el 40% de las destinatarias de remesas aseguró mantener sus ahorros. En Estados Unidos, el 67% de los hombres y el 38% de las mujeres migrantes de la muestra informaron que tienen ahorros en Estados Unidos. Cuando se preguntó sobre los ahorros en El Salvador, el 35% de los hombres y el 20% de las mujeres migrantes informaron haber logrado acumular ahorros en El Salvador (ibid).

El uso de remesas en otro hogar o por otro receptor implica que quien las envía no necesariamente tiene control sobre el uso de las mismas. Puede existir conflictos transnacionales sobre cómo utilizar ese dinero. Por ejemplo, en el estudio de Mahler (1995b), una pareja migrante experimentaba conflictos porque el esposo gastaba una gran parte del ingreso en la construcción de una casa para su familia en El Salvador, lo cual enfadaba a su esposa, porque ese dinero podría ser utilizado para su economía familiar en Estados Unidos. Otro tipo de conflicto, relacionado a la predominancia de uniones libres, surge cuando la nueva esposa en Estados Unidos se queja porque su esposo manda remesas para mantener a sus hijos en El Salvador, quienes nacieron en el contexto de un compromiso anterior a su migración (Mahler, 1995b).

Las remesas no solamente se utilizan para gastos o inversiones, también se pueden utilizar para controlar el comportamiento de las esposas o las mujeres receptoras. Por ejemplo, según Mahler, la infidelidad doméstica es común durante las separaciones de parejas a causa de la migración, y la mayoría de mujeres salvadoreñas sospechan que sus esposos han tenido otros compromisos cuando estuvieron separados (1995b). Aunque

muchas mujeres salvadoreñas tienen la expectativa de que sus parejas serán infieles cuando migran, los hombres generalmente no esperan lo mismo de sus esposas, pero sí sospechan de ellas (Mahler, 2001). Mahler señala que las parejas confrontan muchas dificultades en la comunicación transnacional, que a veces deja vacíos que se llenan con la imaginación (2001). Pero aunque la mujer salvadoreña sospecha de su pareja migrante, su propia fidelidad es vigilada cuidadosamente por la familia de su esposo, o regida por las normas de la comunidad que la rodea. El hombre puede vengarse de cualquier infidelidad dejando de mandar remesas, pero las mujeres no tienen este mismo poder, y tienen que conformarse o seguir a sus esposos, arriesgando sus vidas en el proceso (Mahler, 2001). Así, la habilidad de las mujeres para controlar la vida sexual de sus esposos a través de las fronteras es mínima, mientras que los hombres pueden utilizar varias “herramientas ideológicas y de parentesco para ejercer el control sexual transnacional” (Mahler, 2001).

Cansino (2005) observa que la ausencia del marido en Concepción de Oriente, se convierte en una expresión del poder patriarcal, porque el hombre es omnipresente, a pesar de la distancia. Las particularidades del eje de poder masculino en estas circunstancias se manifiestan en la aportación de mayores ingresos, en relación con los que aporta la mujer que ejerce la jefatura del hogar y el peso ideológico de dominación que tiene la remesa, porque es un símbolo de control y dominación del espacio íntimo y de la sexualidad de la mujer que se queda. Así, se materializa en la subjetividad de las mujeres, en los espacios domésticos y extradomésticos, un sentido de exigencia de fidelidad conyugal hacia el

marido ausente, por el “sacrificio” que este hace al irse en busca del bienestar familiar. Otros ejes de poder importantes son las madres, las suegras, las hijas y los hijos, y finalmente las otras mujeres del entorno doméstico y comunitario.

Sin embargo, también los migrantes remitentes a veces utilizan las remesas para lograr forzar cambios más positivos o de control en otro sentido en el comportamiento de los receptores. Por ejemplo, en el estudio que se llevó a cabo para la Fundación Ford y la Fundación Interamericana (Gammage et. al., 2005), hubo un caso en el cual el hermano de una mujer amenazó con dejar de mandar remesas a su cuñado, porque se había enterado de que su cuñado pegaba a su hermana, planteándole que estaría vigilándole, aunque desde lejos, a través de sus otros familiares.

PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y LA SOCIEDAD CIVIL: AQUÍ Y ALLÁ

El acceso a la ciudadanía, los derechos democráticos y la participación social y política están vistos con frecuencia como un fenómeno singular, o refundidos en un concepto unificado. Un análisis clásico de la ciudadanía propone un concepto universalista, donde la ciudadanía es la prerrogativa de todos los individuos, dentro de un régimen democrático. Democracias constitucionales están basadas en la igualdad de las y los ciudadanos ante la ley. El corolario de este postulado es que todos, independientemente del sexo, etnia, orientación sexual, etc., son ciudadanos. Desafortunadamente este concepto difundido de la ciudadanía y la participación política y social invisibiliza la existencia real de diferentes niveles de ciudadanía, inclusión o participación de diferentes grupos. No

todos gozan del mismo estatus; no todos pueden ejercer su ciudadanía de manera plena. Esta es la condición para muchos grupos, que tradicionalmente han estado al margen de las esferas de poder, como los pobres, los inmigrantes, las mujeres y la población indígena y negra.

El Salvador, como otros países del mundo, ha visto cambios en cuanto a la participación de la mujer en la vida política. En la Asamblea Legislativa actual hay 10 mujeres diputadas que representan el 12% del total de diputados. De los 262 alcaldes y alcaldesas, 17 son mujeres (6%), además de que solo alrededor de 20% de los concejos municipales están compuestos por mujeres. Es decir, que las mujeres siguen siendo sub-representadas en los cargos políticos.

La migración puede afectar la participación política y social de los hombres y las mujeres, de múltiples formas. En algunos casos, ha conllevado a que las mujeres asuman roles de liderazgo en las organizaciones comunitarias, o en los espacios comunales. En otros casos, el éxodo masivo ha provocado una ruptura en el tejido social que ha reducido la participación y la organización comunitaria de hombres y mujeres, lo que crea un déficit de capital social. De hecho, al relacionar los porcentajes de mujeres que integran los concejos municipales en cada uno de los 262 municipios del país con el porcentaje de hogares que reciben remesas en cada municipio, utilizando datos de la EHPM del Mapa de Pobreza 2004, se obtiene una correlación de -0.18. Esto indica que la representación y participación de las mujeres en los gobiernos municipales, contrariamente a lo esperado, es menor en los municipios donde hay mayor densidad de emigración en comparación con municipios que generan menores flujos de emigrantes.

la representación y participación de las mujeres en los gobiernos municipales, contrariamente a lo esperado, es menor en los municipios donde hay mayor densidad de emigración en comparación con municipios que generan menores flujos de emigrantes

Cansino (2005) compara los dos municipios representativos de altos y bajos niveles de emigración, y reporta que se observa más participación de las mujeres en las esferas políticas y organizativas en el municipio donde hay menos migración hacia afuera. Sin embargo, de los dos municipios estudiados, solo uno de los concejos (Santa Catarina Masahuat) tiene una mujer como regidora, mientras que Concepción de Oriente no tiene ninguna.

En Santa Catarina Masahuat, Sonsonate, donde menos de 1% de los hogares reciben remesas, las mujeres participan en todas y cada una de las expresiones organizativas locales. Al respecto, Cansino (2005) plantea que las mujeres tienen una importante presencia en las ADESCOS, en donde algunas de ellas ocupan cargos importantes. Sin embargo, la gama de roles para las mujeres está limitada. Siguiendo patrones de género, aun cuando las mujeres son conscientes de su derecho a participar, cuando lo hacen se ocupan de las tareas de género socialmente asignadas: preparan comida, se ocupan de la ornamentación de las fiestas, de la logística, etc. Los hombres ocupan la mayoría de puestos de dirección.

La situación es muy diferente en Concepción de Oriente, La Unión, que “presenta pocos niveles de organización y participación”. De vez en cuando los hombres y las mujeres se incorporan a actividades locales, “(..)realizando tareas tradicionales, en actividades colectivas tipo: fiestas patronales, campañas políticas” (Cansino, 2005), pero no hay una participación continua ni consistente.

“Aquí hemos querido organizar actividades con alguna comunidad, pero la gente está en otra idea, no se preocupa el desarrollo local.

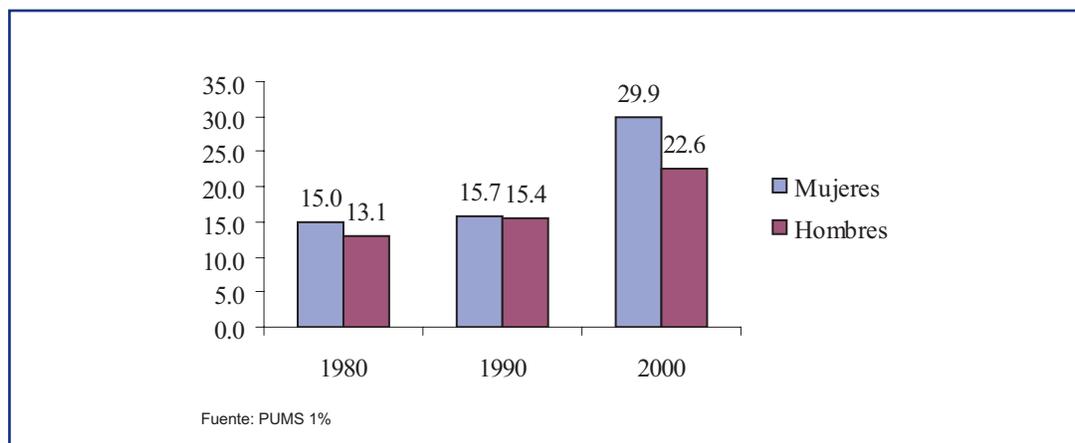
Aquí la gente es viajera; como tenemos buses nuevos, les parece que es mejor lo de San Salvador, o se van a Santa Rosa, San Miguel o La Unión a cada rato. Hay muchos movimientos de gente que se va a pasear; eso es lo que le gusta a la gente de aquí.” Hombre residente en Concepción de Oriente, La Unión.

No obstante, la participación política y social no debe reducirse solamente al conteo de puestos o cargos oficiales, ocupados por hombres o mujeres (Candelaria Navas et al., 2000). Hay otras esferas donde ejercer el poder político y social dentro de la iglesia, en las organizaciones de padres de familia, en las cooperativas, y en los sindicatos y gremios. Un análisis del impacto de la migración en la participación del hombre y la mujer necesita abarcar no solamente los espacios formales sino también los informales, donde se toman decisiones cotidianas sobre el uso y acceso a los recursos productivos, o donde las y los miembros de familias, comunidades y asociaciones negocian y renegocian roles de género.

En Estados Unidos, donde las y los migrantes tienen una sola opción de empadronarse en su país adoptado, el método más aceptable de llegar a ser una persona activa en la política, o asegurarse de sus derechos plenos, es a través de la obtención de la ciudadanía. El gráfico 8.2 reporta las diferencias por sexo en las tasas de ciudadanía. Es interesante observar que las mujeres tienden a tener más altas tasas de ciudadanía, en cada año. La brecha se ve más marcada en el año 2000. Hay múltiples explicaciones de las diferencias por sexo: es posible que las mujeres se sientan más preocupadas por sus derechos plenos y se vean más apresuradas a adquirir la ciudadanía

Gráfico 8.2

Porcentaje de mujeres y hombres salvadoreños con ciudadanía de Estados Unidos



para asegurarse de sus derechos de residencia, o sus derechos laborales, o a recibir transferencias como sus contribuciones de seguro social; o es posible que tengan mayor acceso o facilidad a adquirir la ciudadanía comparadas con los hombres.

Otra forma de resistir a la marginación en el país receptor o cultivar lazos de solidaridad sentados o atados en una identidad común es a través de las organizaciones de oriundos en el exterior. Hombres y mujeres están incorporados en las asociaciones de comunidades de origen salvadoreño (APO). Aunque las mujeres juegan roles importantes recaudando fondos, organizando la participación comunitario convocando reuniones, es posible que se vean con menos autoridad en la toma de decisiones sobre cómo usar las remesas colectivas, o si la organización debe o no buscar fondos contrapartes de donantes, del gobierno local o nacional, o del sector privado. De hecho, Goldring (2001), en su estudio sobre las federaciones mexicanas de oriundos¹⁰, encuentra que a las mujeres se les está

frecuentemente negado el acceso a poder y capital social, asociado con los proyectos comunitarios y de desarrollo, financiados por las remesas colectivas. Esta exclusión refleja lo que Pessar y Mahler (2001) llaman “las geografías de poder matizado por el género”.

Sin embargo, la investigación de Gammage et al. (2005) no revela estos patrones tan pronunciados mutuamente excluyentes en cuanto a la distribución de poder por género, dentro de las APO. Las esferas de influencia de hombres y mujeres participantes y miembros en las organizaciones comunitarias en la diáspora, en Washington D.C., Maryland y Virginia, aparecen traslapados. En las reuniones a las que asistieron los investigadores, las mujeres salvadoreñas fueron participantes activas y tomadoras de decisiones (ibid). Tres de las cuatro APO acompañadas por dos años, tenían mujeres líderes –cuyas preferencias y preocupaciones moldeaban e influían los proyectos escogidos, y las actividades de recaudación de fondos¹¹. En el comité donde las mujeres no eran miembros del liderazgo

oficial, su influencia siempre era ciertamente observada y sus preferencias respetadas.

A pesar del hecho de que la distribución de las tareas en los eventos y en las fiestas de recaudación de fondos parecía matizado por el género, en muchas actividades en que las mujeres se veían echando pupusas y preparando y sirviendo comida, mientras los hombres tomaban el micrófono o contaban los boletos de entrada, era obvio que las mujeres tenían influencia en la toma de decisiones en dichos comités. En contraste, en otros eventos los hombres y las mujeres compartieron tareas de preparación de comida, hombro a hombro, limpiando hojas de guineo, picando papas, quitando la carne de pollo de los huesos para hacer tamales (Gammage et al., 2005).

La diferencia entre los hallazgos de Goldring (2001) para las federaciones mexicanas de oriundos y las observaciones de la participación de la mujer salvadoreña en las APO es posiblemente porque la migración salvadoreña ha sido más feminizada a lo largo del tiempo; o sea que ha habido una mayor proporción de mujeres migrantes salvadoreñas, comparándolas con las mexicanas en las corrientes de migración hacia el norte¹². Las mujeres también juegan un papel importante como viajeras, y se han acostumbrado a jugar un papel comunicativo y conectivo, enlazando a miembros de familias y comunidades a través por las fronteras. Como consecuencia, la emergencia de mujeres como líderes de las APO y en los círculos de toma de decisiones no es sorprendente. Finalmente, las APO salvadoreñas se encontraron más maduras cuando comenzaron a interactuar con el Estado salvadoreño (en contraste con las federaciones mexicanas, muchas de ellas iniciadas con incentivos del Estado

mexicano), puesto que ya antes habían formado su propia organización interna ante la ausencia de inducciones del Estado local o nacional. Y, como resultado, las mujeres pueden ser más visibles y activas al nivel de la toma de decisiones en las APO.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Los fenómenos migratorios no son neutros en lo que a género se refiere. El enfoque de género es clave para entender el fenómeno de la migración: las vivencias, situaciones que se enfrentan, las oportunidades de empleo, los roles que se asignan. Las relaciones de género caracterizan y dan forma a la experiencia migratoria, pero la experiencia migratoria también ejerce una influencia que puede generar cambio o reproducción de las relaciones de género tanto aquí como allá. Las razones que determinan la decisión de migrar y la decisión de retornar, los factores que influyen en la decisión de quién migra, incluso el envío y uso de remesas registran variaciones dependiendo de las mujeres y los hombres.

El impacto de la migración no solo tiene reflejo en las estadísticas económicas. La migración también contribuye a cambiar la vida cotidiana de quienes migran y de quienes se quedan, de diferentes maneras; por ejemplo, propiciando la redefinición de los roles de género en las actividades productivas, y aunque de manera más lenta, en las actividades reproductivas. Todos los estudios realizados parecen indicar que estos cambios son más visibles en Estados Unidos, donde las presiones del trabajo productivo han forzado a una redistribución en la división de tareas reproductivas dentro del hogar, aunque no es extrapolable a todos los casos. Aunque la mayoría de los estudios parecen indicar que las mujeres reconocen la

Los hogares con jefatura femenina tienden a invertir mayor cantidad de remesas en educación, salud y beneficios para la familia. También hay un pequeño porcentaje de remesas que se ahorran

posibilidad de acceder a un empleo en los Estados Unidos como un factor que ha contribuido a su empoderamiento y a la renegociación de los roles y relaciones de género al interior del hogar; este proceso no es automático. También se observa que, en el caso de muchas mujeres salvadoreñas que encuentran trabajo como empleadas domésticas, este empleo contribuye a su aislamiento y a seguir asumiendo las tareas del hogar cuando llegan a su propia casa. Los estudios dan luz sobre la especificidad de la vivencia de la migración y rompen con tópicos tan presentes en el imaginario colectivo y tan erróneos que asocian lo más tradicional en las relaciones de género con la comunidad de origen y lo más moderno y con relaciones más equitativas con la comunidad de destino.

Los estudios sobre la migración salvadoreña desde la perspectiva de género se han desarrollado mucho más en los Estados Unidos. En El Salvador, apenas se han comenzado a documentar estos cambios y se debe profundizar más sobre el impacto de la migración en la negociación de roles y en la construcción de identidades de género; en el empoderamiento de las mujeres en esferas sociales, políticas y económicas al interior y al exterior del hogar y, en resumen, en la transformación de las relaciones de género.

De los diferentes estudios realizados se desprende que la mayoría de las remesas son utilizadas para el consumo. Las preferencias y las diferencias de género también se evidencian en esta materia. Así, generalmente, los hogares con jefatura femenina tienden a invertir mayor cantidad de remesas en educación, salud y beneficios para la familia. También hay un pequeño porcentaje de remesas que se ahorran y, en general, se observa que los hogares con

jefatura masculina tienen mayor probabilidad de canalizar las remesas hacia el ahorro a través de un banco o del sistema financiero formal.

La investigación realizada para este capítulo nos permite realizar un pequeño perfil de las personas que migran. En principio, pudiera parecer que la migración es básicamente un fenómeno masculino. Sin embargo, esto no es del todo cierto. Como se ha visto en el capítulo, las mujeres fueron las primeras en migrar en los años cincuenta y sesenta. A partir de los años ochenta y noventa, y debido al conflicto armado, los hombres han migrado masivamente y, en la actualidad, aunque siguen siendo ellos quienes más emigran especialmente por motivos laborales, las mujeres también tienen una importante presencia. En este sentido, las mujeres son mayoría entre los emigrantes mayores de 44 años, mientras que los hombres dominan el rango de edad de 18-44.

Hay otros patrones de género que se observan en lo cotidiano, y sobre los que se debe investigar más profundamente. Por ejemplo, se observa que la utilización de diferentes formas de envío de encomiendas, incluso el acceso a viajeros y viajeras, está fuertemente mediado por las relaciones de género. Dichas relaciones se establecen como parte de la formación social de las personas y, al igual que otros elementos de la vida cotidiana, se reproducen, ponen en evidencia y refuerzan los rasgos más distintivos de la socialización, y con ella los roles tradicionales de hombres y mujeres en las comunidades de origen. Por ejemplo, estas diferencias se aprecian en aspectos tales como que, en general, las mujeres prefieren contratar los servicios de viajeras, ya que cuidan más los detalles en la información, lo

que ayuda a mantener las relaciones familiares, por la falta de acceso a servicios bancarios debido a restricciones de tiempo o a sanciones sociales por salir del hogar, etc. En cierta medida, las viajeras también han ayudado al cambio de percepción con relación a los roles de hombres y mujeres. Ellas han podido avanzar en su escala socioeconómica, lo que les ha valido el reconocimiento y respeto de la comunidad incluidas, las autoridades.

Finalmente, este capítulo recalca que se debe comprender bien el impacto de la migración en la demografía del hogar y las comunidades de origen, especialmente cuando agrava las tendencias de feminizar la pobreza, incrementar la dependencia económica y contribuir al envejecimiento de la población. Dados estos patrones demográficos y culturales, el discurso sobre el uso productivo de las remesas debe analizar mejor el contexto socioproductivo al cual llegan las remesas. El impacto de la migración en cuanto a la pérdida selectiva de personas en edad de trabajar, principalmente hombres, la formación de hogares extensos compuestos por diferentes familias y la alta incidencia de hogares con jefatura femenina y mantenidos por mujeres afectan las necesidades de la población y las oportunidades para emprender el desarrollo en cada comunidad.

ALGUNOS DESAFÍOS

De las realidades analizadas en este capítulo pueden entreverse una serie de desafíos a tener en cuenta en análisis posteriores.

- Es necesario que las instituciones académicas, las organizaciones internacionales, las instituciones gubernamentales y las organizaciones no gubernamentales en El

Salvador abran nuevas líneas de investigación que profundicen en la temática de la migración e incorporen la perspectiva de género en el análisis de manera constante. En ese sentido, es preciso ahondar todavía más en cómo los fenómenos migratorios constituyen un factor de cambio en las relaciones de género y sobre cómo estas influyen en la migración sobre todo en las comunidades de origen y al interior del hogar tanto aquí como allá. El análisis debe ser tanto cuantitativo como cualitativo para poder dar muestra de la experiencia real de la migración en la vida de los salvadoreños.

- Estrechamente vinculada a la necesidad de profundizar y actualizar la investigación de la relación entre género y migración, se encuentra la carencia, cada vez más sentida, de una producción estadística que genere datos imprescindibles para el análisis de género. En este sentido, se considera urgente iniciar acciones en una doble vía: por una parte, al provocar la producción de información por parte de las instituciones gubernamentales, tanto al interior de sus mismos sistemas de información como de la Dirección General de Estadística y Censos; y, por otra parte, al especializar la demanda de información (requerimientos claros) por parte de las instituciones gubernamentales o no gubernamentales, agencias de cooperación e investigadoras/as independientes. Aunque lamentablemente para todos es obvio que difícilmente se puede diseñar ni evaluar el impacto de las políticas públicas con un enfoque de equidad de género si no se cuenta con una base de datos que como mínimo haya sido desagregada por sexo; por ejemplo: la identificación del costo/beneficio por género a partir del presupuesto nacional se hace una tarea imposible si las instituciones no manejan datos desagregados de los beneficiarios de sus programas y proyectos.

En el caso de los hombres, en las comunidades de origen, pueden estar sometidos a una mayor presión social para “proveer” ingresos al hogar, lo que determina más fuertemente su decisión para migrar

La información es la condición indispensable para el análisis de género en cualquier tema y, por lo tanto, para cualquier acción de desarrollo con equidad. Se han realizado algunos esfuerzos valiosos en el país para trabajar el tema de estadísticas con enfoque de género, iniciativas que, sin embargo, a la hora de la verdad apenas se traducen en una mejora sustancial y sistemática en la producción de información. La responsabilidad de esto compete a las instituciones del Estado y al ISDEMU, como ente rector de la política nacional de la mujer, para fortalecer y monitorear el avance en las capacidades nacionales en este sentido.

- La visibilización de la problemática específica de mujeres y hombres en el proceso de migración. Se debe tener en cuenta que todos los procesos, incluido el de la migración, tienen causas e impactos diferenciados en hombres y mujeres. Por ejemplo, las mujeres corren riesgos adicionales por su condición de mujer a la hora de cruzar las fronteras entre México y Estados Unidos debido al abuso sexual y al peligro de violación que enfrentan. En el caso de los hombres, en las comunidades de origen, pueden estar sometidos a una mayor presión social para “proveer” ingresos al hogar, lo que determina más fuertemente su decisión para migrar.

- La elaboración de políticas que contribuyan a mejorar la situación tanto de quienes se quedan en los países de origen como de los migrantes y que fortalezcan los lazos transnacionales entre ambos lados. Estas políticas deben verse como una oportunidad y un medio para transformar las relaciones de género entre la población salvadoreña de “aquí” y de “allá”. Este es un trabajo que no solo incumbe a las instituciones de ámbito nacional sino también local. En ese sentido,

pese a los esfuerzos realizados y a la existencia de la política nacional de la mujer (PNM), sigue siendo un desafío incorporar de manera transversal el enfoque de género en las políticas públicas y en las instituciones del Estado salvadoreño.

- La promoción de la participación activa tanto del ISDEMU como de las organizaciones no gubernamentales, en especial y de manera destacada el movimiento de mujeres, en el debate sobre género y migración, al formular políticas y programas que promuevan la equidad de género a partir de los hallazgos que se realicen. Tanto el debate como la implementación de acciones concertadas, exigirá el ejercicio de reglas claras que permitan a estos actores sociales participar de acuerdo a sus competencias en un ambiente de confianza y transparencia y con una actitud de diálogo y respeto.

- Tanto el gobierno central como los gobiernos locales deben buscar las coordinaciones pertinentes con los hombres y mujeres originarios de los municipios que viven en Estados Unidos a fin de crear o fortalecer las asociaciones de migrantes con el objeto de generar alianzas para apoyar acciones de desarrollo local y oportunidades de empleo que contribuyan a desechar la idea de la migración como la única oportunidad para el futuro, especialmente, en las mujeres y los hombres jóvenes.

- Las alcaldías, a través de las oficinas de la mujer o de otros mecanismos, y en coordinación con el ISDEMU y organizaciones de mujeres, deberían acompañar los procesos de organización de las mujeres, principalmente de las receptoras de remesas, con el fin de favorecer la formación de cooperativas y otras formas

asociativas. Luego, habría que promover proyectos de desarrollo local, orientados a buscar el empoderamiento y autonomía económica de las mujeres y una mayor equidad en las comunidades. La meta sería generar recursos permanentes y sostenibles que garanticen el “bienestar alcanzado” sin depender totalmente de la recepción de remesas. Esto pasa por la implementación de modelos de desarrollo con enfoque de género por parte de los gobiernos locales, y por el desarrollo de una estrategia de implementación territorial de la política nacional de la mujer.

- También se debería de promover el establecimiento de mecanismos de unión entre las mujeres migrantes y las mujeres de las comunidades de origen. Estas alianzas de género se traducirían en acciones tendientes a mejorar la condición y posición de las mujeres tanto en los países de origen como en los países de acogida.
- En esa misma línea, es importante favorecer el intercambio de remesas sociales que favorezcan una mayor equidad entre los géneros al difundir nuevos modelos de relaciones más justas entre hombres y mujeres, nuevas identidades de género, diferentes asignaciones de roles, etc.
- Además, los patrones de género en la recepción y uso de las remesas deben orientar la política hacia la bancarización de las familias receptoras, con el desarrollo de productos financieros específicos (cuentas bancarias, hipotecas, crédito) para una población predominantemente feminizada, con poca experiencia en el uso de estos servicios financieros formales y con condiciones e intereses específicos.

Todas estas consideraciones sin duda contribuirán a mejorar la institucionalidad y a obtener pequeños y grandes logros en el avance de la equidad de género en el país. Son cambios necesarios pero no suficientes. Las relaciones desiguales se fundan en el patrón cultural de corte patriarcal presente en la cultura nacional, que convierten las diferencias biológicas entre hombres y mujeres en desigualdades sociales. Estas relaciones desiguales se perpetúan a través de la acción de los diferentes agentes de socialización, del sistema educativo, de los medios de comunicación, de las instituciones y políticas públicas, etc. El cambio real y profundo precisa de una verdadera transformación de esta estructura social patriarcal que está en la base de los valores, normas, preceptos socioculturales que rigen las conductas y la forma de actuar de las y los salvadoreños.

De lo que estamos hablando es de un cambio estructural, de una transformación real y profunda de las estructuras que perpetúan las desigualdades de género, de retomar el sentido más político de los conceptos de género y del “mainstreaming” o transversalidad de género. Para ello hay que vencer las resistencias de los que se benefician de estas desigualdades y sin duda hay que apostar por la educación como instrumento para sentar las bases de la transformación de este orden social injusto.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, R. H. (2004). *Yucatecans in Dallas, Texas: breaching the border, bridging the distance*. Boston: Pearson.
- Baker-Cristales, B. (2004). *Salvadoran migration to Southern California: redefining El Hermano Lejano*. Gainesville, FL: University Press of Florida.
- Benítez, M.; Machado, M.; Gammage, S., y Paul, A. (2005). *Compartiendo anhelos y esperanzas: género, migración, remesas y las organizaciones salvadoreñas*. San Salvador: Centro de Estudios Ambientales y Sociales para el Desarrollo Sostenible.
- Bhabha, J. (verano 2005). Reforming immigration policy, start by providing rights not borders. *Boston Review*, 6-10.
- Brettell, C. (2003). *Anthropology and migration: essays on transnationalism, ethnicity, and identity*. Walnut Creek, CA: AltaMira Press.
- Brettell, C. y DeBerjeois, P. A. (1992). Anthropology and the study of immigrant women. En Gabaccia, D. (ed.), *Seeking common ground: multidisciplinary studies of immigrant women in the United States* (pp. 41-63). Westport, CT: Greenwood Press.
- Candelaria Navas, M.; Orellana, N. y Domínguez, L. (2000). *La experiencia organizativa de las mujeres rurales en la transición post-guerra* (1992-1999). San Salvador: Oxfam América, FUNDE e IMU.
- Cansinzo, S. (2005). *Informe de investigación de campo: Santa Catarina Masabuat y Concepción de Oriente*. Documento de base para el Informe sobre Desarrollo Humano. San Salvador: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Ellingwood, K. (2004). *Hard line, life and death on the U.S.-Mexico border*. Nueva York: Vintage Books.
- FESPAD. (2005). *Estado de la seguridad pública y la justicia penal en El Salvador 2004*. San Salvador: Fundación de Estudios para la Aplicación del Derecho y el Centro de Estudios Penales de El Salvador.
- Gabaccia, D. (ed.). (1992). *Seeking common ground: multidisciplinary studies of immigrant women in the United States*. Westport, CT: Greenwood Press.
- Gammage, S. (2005). Viajeros y viajeras en El Salvador: enlazando mundos, estrechando vínculos. *La Transnacionalización de la Sociedad Centroamericana: Visiones a Partir de la Migración*, 61-100. San Salvador: FLACSO y Ministerio de Relaciones Exteriores.
- Gammage, S., Paul, A.; Machado, M. y Benítez, M. (2005). *Gender, migration, and transnational communities*. Informe preparado para la Fundación Interamericana. Washington D.C.
- George, S. (2000). "Dirty Nurses" and "Men Who Play": gender and class in transnational migration. En Buroway, M. (ed.), *Global ethnography: forces, connections, and imaginations in a postmodern world* (pp. 144-174). Berkeley: University of California Press.
- Glick Schiller, N.; Basch, L., y Blanc-Szanton, C. (eds.) (1992). *Toward a transnational perspective on migration: race, class, ethnicity, and nationalism reconsidered*. Nueva York: NY Academy of Sciences.
- Glick Schiller, N.; Basch, L. y Blanc-Szanton, C. (1994). *Nations unbound: transnational projects, postcolonial predicaments and*

detritorialized Nation-States. Nueva York: Gordon and Breach Publishers.

- Goldring, L. (2001). Gender and the geography of citizenship in Mexico-U.S. transnational spaces. *Identities: Global Studies in Culture and Power* 7: 501-537.

- Goldring, L. (2003). *Gender, status, and the state in transnational spaces: the gendering of political participation and mexican hometown associations*. En Hondagneu-Sotelo, P. (ed.), *Gender and U.S. immigration: contemporary trends* (pp. 341-358). Berkeley: University of California.

- Grasmuck, S., y Pessar, P. R. (1991). *Between two islands: dominican international migration*. Berkeley: University of California Press.

- Hirsch, J. (2000). “En El Norte la mujer manda”: gender, generation, and geography in a mexican transnational community. En Foner, N.; Rumbaut, R. G., y Gold, S. J. (eds.), *Immigration research for a new century: multidisciplinary perspectives* (pp. 369-389). Nueva York: Russell Sage Foundation.

_____. (2002). “¿Qué, pues, con el pinche NAFTA?”: gender, power, and migration between Western Mexico and Atlanta. *Urban Anthropology*, 31(3-4), 351-387.

- Hoddinott, J.; Alderman, H., y Haddad, L. (1997). Testing competing models of intrahousehold allocation. En *Intrahousehold resource allocation in developing countries: models, methods and policy*, Haddad, L.; Hoddinott, J. and Alderman, H. John’s Hopkins University Press, Baltimore 1997.

- Hondagneu-Sotelo, P. (1994). *Gendered transitions: mexican experiences of immigration*. Berkeley: University of California Press.

_____. (1999). Gender and contemporary U.S. immigration. *American Behavioral Scientist*, 42(4), 565-576.

_____. (2000). Feminism and migration. En Williams, C. L. (ed.), *The annals of the american academy of political and social science: feminist views of the social sciences* (pp. 107-120). Thousand Oaks, CA: Sage Publications.

_____. (2003). *Gender and immigration: a retrospective and introduction*. En Hondagneu-Sotelo, P. (ed.), *Gender and U.S. immigration: contemporary trends* (pp. 3-19). Berkeley: University of California.

- Hugo, G. (2000). Migration and women’s empowerment. En Pessar, H. B. y Sen, G., *Women’s empowerment and demographic processes: moving beyond Cairo*. Nueva York: Oxford University Press.

- Levitt, P. (2000). Migrants participate across borders: toward an understanding of forms and consequences. En Foner, N.; Rumbaut, R. G., y Gold, S. J. (eds.), *Immigration research for a new century: multidisciplinary perspectives* (pp. 459-479). Nueva York: Russell Sage Foundation.

_____. (2001). *The transnational villagers*. Berkeley: University of California Press.

Mahler, S. J. (1995a). *American dreaming: immigrant life on the margins*. Princeton, NJ: Princeton University Press.

_____. (1995b). *Salvadorans in suburbia: symbiosis and conflict*. Boston: Allyn and Bacon.

_____. (2001). Transnational relationships: the struggle to communicate across borders. *Identities*, 7(4):583-619.

_____. (2003). Engendering transnational

migration: a case study of salvadorans. En Hondagneu-Sotelo, P. (ed.), *Gender and U.S. Immigration: contemporary trends* (pp. 287-316). Berkeley: University of California.

- Menjívar, C. (2000). *Fragmented ties: salvadoran immigrant networks in America*. Berkeley: University of California Press.

_____. (2003). The intersection of work and gender: central american immigrant women and employment in California. En Hondagneu-Sotelo, P. (ed.), *Gender and U.S. immigration: contemporary trends*. Berkeley: University of California.

- Pessar, P. R. (1994). Sweatshop workers and domestic ideologies: dominican women in New York's apparel industry. *International Journal of Urban and Regional Research*, 18(1), 127-142.

_____. (2003). Engendering migration studies: the case of new immigrants in the United States. En Hondagneu-Sotelo, P. (Ed.), *Gender and U.S. immigration: contemporary trends*. (pp. 20-42). Berkeley: University of California.

- Pessar, P. R. y Mahler, S. J. (2001). *Gender and transnational migration*. Ponencia presentada en la conferencia "Transnational Migration: Comparative Perspectives". Princeton University, 30 de junio.

- Prieto, Y. (1992). Cuban women in New Jersey. En Gabaccia, D. (ed.), *Seeking common ground: multidisciplinary studies of immigrant women in the United States* (pp. 185-201). Westport, CT: Greenwood Press.

- Repak, T. (1995). *Waiting on Washington: central american workers in the nation's capital*. Philadelphia: Temple University Press.

- Rivas, E. (2004, 5 de mayo). Medio millón de mujeres son jefes de hogar. *La Nación, Prensa Gráfica*.

- Rouse, R. (1992). Making sense of settlement: class, transformation, cultural struggle, and transnationalism among mexican migrants in the United States. En Glick Schiller, N.; Basch, L., y Blanc-Szanton, C. (eds.), *Toward a transnational perspective on migration: race, class, ethnicity, and nationalism reconsidered* (pp. 25-52). Nueva York: NY Academy of Sciences.

- Rubio, R. (2005). *Breve análisis de la situación del país con énfasis en lo que han sido las políticas del gobierno salvadoreño respecto al tema del desarrollo local*. Segunda Conferencia Binacional: Asociaciones Salvadoreñas en Estados Unidos y Desarrollo Local en El Salvador, 2-4 de Septiembre, 2005, Cojutepeque.

- Santillán, D. (2004). "Service is like marriage": gender discourse in a salvadoran faith-based organization. *Destination DC Working Paper*, n.º 6. Recuperado en 2005 en <http://www.rci.rutgers.edu/~migrate1/>.

- Santillán, D. (2005). *Género y migración*. Informe preparado para el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, San Salvador.

- Segovia, A. (2002) *Transformación estructural y reforma económica en El Salvador*, Ciudad de Guatemala: F and G Editores.

- Singer, A., y Gilbertson, G. (2003). "The blue passport": gender and the social process of naturalization among dominican immigrants in New York City." En Hondagneu-Sotelo, P. (ed.), *Gender and U.S. immigration: contemporary trends* (pp. 359-378). Berkeley: University of California.

- Thomas, D. (1990). Intrahousehold resource allocation: an inferential approach, *Journal of Human Resources*, 25:635-664.
- Thomas, D. (1997). Incomes, expenditures, and health outcomes: evidence on intrahousehold resource allocation, en Haddad, L.; Hoddinott, J., y Alderman, H. (eds), *Intrahousehold resource allocation in developing countries: models, methods, and policy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Toro-Morn, M. I. (1997). Gender, class, family, and migration: puerto rican women in Chicago.” En Hamamoto, D. Y., y Torres, R. D. (eds), *New american destinies: a reader in contemporary asian and latino immigration* (pp. 125-139). Nueva York: Rout.

NOTAS

1. Adicionalmente las iglesias ofrecen otra plataforma para el patriarcado, con la definición de los valores “femeninos” sobre la fidelidad, dignidad y honradez en las mujeres.
2. Este costo refleja el costo de un servicio de guía y el transporte. Hay unos migrantes que intentan emigrar sin la ayuda de un servicio y logran pasar la frontera sin documentos por una menor inversión de fondos.
3. Algunos migrantes pagan “coyotes” o “agencias de viajes” para lograr pasar la frontera. Habitualmente se paga una parte del costo total en El Salvador y el resto en Estados Unidos. En general, los coyotes guardan a sus “clientes” en “casas seguras” en este país norteamericano hasta que reciben el pago restante, en muchas ocasiones a través del ejercicio de la violencia con ellos mismos o sus familiares y amigos (Ellingwood, 2004; Bhabha, 2005).
4. La Encuesta Actual de Población en los Estados Unidos es una encuesta que se toma cada mes, y cubre alrededor de 50 mil hogares. La encuesta está dirigida por el Bureau del Censo para la Oficina de Estadísticas Laborales. La encuesta constituye la fuente primaria de información sobre la fuerza laboral en los Estados Unidos, y está seleccionada para representar a la población civil. Para mayor información, se refiere a <http://www.bls.census.gov/cps/overmain.htm>.
5. La autonomía personal, tal como se usa aquí, puede comprender una gama de atributos, incluyendo la autonomía económica, social, y sexual.
6. El mismo fenómeno ocurre en El Salvador, con la contratación de mujeres de la clase trabajadora para los oficios domésticos. Generalmente, dadas las rígidas normas que gobiernan el trabajo reproductivo, siendo visto como un trabajo exclusivamente femenino, la contratación del mismo sirve para “liberar” mujeres de la clase media y media-alta del cargo de la reproducción social.

7. A efectos de este estudio se ha decidido utilizar la palabra jefatura de hogar y se ha tomado la definición de la Encuesta de Hogares de Propósitos Múltiples (EHPM), a pesar de ser un término profundamente discutido por invisibilizar los aportes diversos de mujeres y hombres al interior de un hogar, su respuesta puede estar más determinada por esquemas tradicionales machistas que por lo que realmente aportan mujeres y hombres al hogar y porque en el caso de las jefaturas masculinas invisibilizan la presencia habitualmente de mujeres que pueden aportar tanto productiva como reproductivamente. En la EHPM, la jefatura femenina o masculina se atribuye en el momento de la entrevista, según como la o el entrevistado representa la jefatura. De acuerdo a la EHPM, en su apartado de conceptualizaciones básicas adoptadas, se define jefe de hogar como: "El miembro de un hogar que ejerce la autoridad para tomar las decisiones que involucra al grupo familiar y que es reconocido como tal para los miembros que lo conforman".

8. Un hogar mantenido por mujeres es un hogar donde más del 50% de los ingresos generados en el mercado laboral están generados por la mano de obra femenina.

9. FESPAD (2005) calcula que había 4 mil 39 homicidios denunciados en 2004 o alrededor 60 homicidios por cada 100 mil personas. El número de robos y hurtos asciende a 15 mil 915 o 238 por cada 100 mil personas (ibid).

10. Las federaciones mexicanas son las organizaciones de asociaciones de pueblos de origen en México. Se han organizado en federaciones de los diferentes clubes o grupos comunitarios.

11. Las APO fueron: el Comité Amigos pro Mejoramiento de El Chiquirín, Comunidad Unida de Chinameca, el Comité Tejar y el Comité pro Playa El Tamarindo.

12. Este hecho está vinculado con la demanda preferencial en Estados Unidos para mano de obra masculina mexicana para desempeñar trabajos en la agricultura. Por ejemplo, entre 1942 y 1962, el gobierno de Estados Unidos facilitó la migración legal de los hombres

mexicanos en mayores cantidades, cuando aprobó programas de trabajadores agrícolas temporales.